

V. CENSURAS A ALGUNOS DE LOS ESCRITORES QUE HAN HECHO DE LAS MUJERES OBJETOS DE PIEDAD, AL BORDE DEL DESPRECIO

Quedan ahora por examinar las opiniones sostenidas engañosamente en algunas publicaciones modernas sobre el carácter y la educación femeninas, que han dado el tono a la mayoría de las observaciones efectuadas, de la forma más superficial, sobre el sexo.

Sección I

Comenzaré con Rousseau y presentaré un esbozo de su caracterización de la mujer, con sus propias palabras, intercalando comentarios y reflexiones. Mis comentarios, es cierto, fluirán todos de unos pocos principios sencillos, y se podrían deducir de lo que ya he dicho. Pero se ha erigido la estructura artificial con tanto ingenio, que parece necesario atacarla de una forma más detallada y ocuparme de ello yo misma.

Sofía, dice Rousseau, debe ser una mujer tan perfecta como Emilio es un hombre¹, y para ello es necesario examinar el carácter que la naturaleza ha dado al sexo.

¹ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 483: «Sofía debe ser mujer igual que Emilio es hombre».

Procede entonces a probar que la mujer debe ser débil y pasiva, puesto que tiene menos fuerza corporal que el hombre, y por tanto infiere que se la formó para complacerle y someterse a él, y que es su deber hacerse *agradable* a su dueño, siendo éste el gran fin de su existenciaⁱ. Pero, no obstante, para dar una pequeña apariencia de dignidad a la lujuria, insiste en que el hombre no debe ejercer su fuerza, sino depender de su voluntad, cuando busca disfrutar con ella.

Por tanto, deducimos una tercera consecuencia de la diferente constitución de los sexos, que consiste en que el más fuerte debe ser dueño en apariencia, y depender de hecho del más débil, y ello no por ninguna práctica frívola de cortesía o de vanidad del protectorado, sino por una ley invariable de la naturaleza que, al otorgar a la mujer una mayor facilidad para excitar deseos de la que ha dado al hombre para satisfacerlos, hace al último dependiente del gran placer de la anterior, y le obliga a su vez a procurar complacerla *de forma que obtenga su consentimiento de que él debe ser el más fuerte*ⁱⁱ. En estas ocasiones, la más deliciosa circunstancia que un hombre encuentra en su victoria es dudar si fue la debilidad de la mujer la que se rindió a su fuerza superior, o si las inclinaciones de ella hablaron en su favor: las mujeres son por lo general muy astutas para dejar este asunto en duda. El entendimiento de las mujeres responde a este respecto perfectamente a su constitución, pues, muy lejos de avergonzarse de su debilidad, se vanaglorian de ella, sus músculos tiernos no oponen resistencia, simulan no ser capaces de levantar las cargas más livianas y se sonrojarían si se las considerase robustas y fuertes. ¿Cuál es el propósito de todo esto? No es meramente por el bien de parecer delicadas, sino que consiste más bien en una astuta precaución: así ellas se proporcionan una excusa de antemano y el derecho a ser frágiles cuando lo crean conveniente².

He citado este pasaje, no sea que mis lectores sospechen que he trastocado el razonamiento del autor para sostener mi propio argumento. Ya he afirmado que en la educación de las mujeres estos principios fundamentales conducen a un sistema de astucia y lujuria.

ⁱ Ya he insertado este pasaje, n. iv, p. 104.

ⁱⁱ ¡Qué tontería!

² Rousseau, *Emilio*, cit., p. 487. La cursiva es de Wollstonecraft.

Suponiendo que la mujer ha sido formada sólo para complacer al hombre y someterse a él, la conclusión es justa: ella debe sacrificar cualquier otra consideración para hacérselo agradable y dejar que este deseo brutal de auto-preservación sea el gran manantial de todas sus acciones cuando se pruebe que es la cama de hierro del destino³, para amoldarse al cual debe estirar o contraer su carácter, sin consideración de todas las distinciones morales o físicas. Pero si, como creo, puede demostrarse que incluso los fines de esta vida, considerada como un todo, son subvertidos por las reglas prácticas construidas sobre esta base innoble, permítaseme dudar que la mujer haya sido creada para el hombre. Y aunque se alzara contra mí el clamor de la irreligiosidad o incluso del ateísmo, debo simplemente declarar que aunque un ángel del cielo me dijera que la bella y poética cosmogonía de Moisés⁴ y el relato de la caída del hombre fueran literalmente ciertos, no podría creer lo que mi razón me presenta como despectivo del carácter del Ser Supremo, y, como no temo tener al demonio ante mis ojos, me aventuro a llamarlo una sugerencia de razón, en vez de apoyar mi debilidad en los anchos hombros del primer seductor de mi frágil sexo⁵.

Una vez demostrado —prosigue Rousseau— que el hombre y la mujer no son, ni deben ser, constituidos de forma similar en el temperamento y el carácter, se sigue, por supuesto, que no deben ser educados de la misma manera. Al seguir las instrucciones de la naturaleza, deben, por supuesto, actuar en concierto, pero no deben emplearse en las mismas ocupaciones: el fin de sus empresas debe ser el mismo, pero los medios que deben usar para llevarlas a cabo y, en consecuencia, sus gustos e inclinaciones, deben ser diferentes⁶.

* * * * *

³ En la mitología clásica, Procrustes tenía una cama de hierro en la que ataba a los viajeros que caían en sus manos. Si el desgraciado viajero era muy alto y sus piernas sobrepasaban el largo de la cama, cortaba lo sobrante, y si, por el contrario, era bajo y no llegaba al borde, lo estiraba hasta que diera el largo de la cama. Teseo lo venció y lo puso en la cama, y, como Procrustes era muy alto, le cortó las piernas y la cabeza.

⁴ El Génesis. Véase capítulo II, n. 10, p. 75.

⁵ El diablo.

⁶ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 491.

Ya sea considerando el destino peculiar del sexo, observando sus inclinaciones o remarcando sus deberes, todas las cosas concurren igualmente en señalar el peculiar método de educación que mejor se adapte a ellos. Mujer y hombre fueron hechos el uno para el otro, pero su dependencia mutua no es la misma. Los hombres dependen de las mujeres sólo en virtud de sus deseos; las mujeres de los hombres tanto en virtud de sus deseos como de sus necesidades. Nosotros podríamos subsistir mejor sin ellas que ellas sin nosotros⁷.

* * * * *

Por esta razón, la educación de las mujeres debe ser siempre relativa a los hombres. Complacernos, sernos útiles, hacernos amarlas y estimarlas, educarnos en la juventud, cuidarnos cuando crecemos, aconsejarnos, consolarnos, hacer nuestras vidas fáciles y agradables: éstos son los deberes de las mujeres en todo momento, y lo que debe enseñárseles en su infancia. En la medida en que fracasemos en recurrir a este principio nos alejamos del objetivo y todos los preceptos que se les den no contribuirán a su felicidad ni a la nuestra⁸.

* * * * *

Las niñas se inclinan desde su más temprana infancia hacia el vestido. No contentas con ser hermosas, están deseosas de que se las considere como tales. Vemos, por todos sus pequeños ademanes, que este pensamiento acapara su atención y que apenas son capaces de entender lo que se les dice hasta que no se las controle diciéndoles lo que la gente pensará de su comportamiento. El mismo motivo aplicado indistintamente a los niños no tiene, sin embargo, el mismo efecto: si se les deja perseguir sus diversiones a su antojo, se preocupan muy poco de lo que la gente piense de ellos. Tiempo y sufrimientos son necesarios para someter a los chicos por este motivo.

De donde sea que las niñas obtienen esta primera lección, es muy provechosa. Como el cuerpo nace, en cierta manera, antes que el alma, nuestra primera preocupación debe ser cultivar el primero. Este orden es común a ambos sexos, pero el objetivo de dicho cultivo es diferente. En un sexo es el desarrollo de los poderes corpo-

⁷ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 493.

⁸ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 494.

rales, en el otro el de los encantos personales. Esto no significa que la calidad de fuerza o belleza debe ser confinada exclusivamente a un sexo, sino que el orden del cultivo de ambos es opuesto en ese respecto. Las mujeres ciertamente requieren tanta fuerza como para permitirles moverse y actuar elegantemente, y los hombres tanta destreza como para permitirles actuar con desenvoltura⁹.

* * * * *

Los niños de ambos sexos tienen muchas diversiones en común, y así debe ser, pues ¿acaso no tienen también muchas cuando son adultos? Cada sexo tiene también un gusto propio que los distingue en este particular. Los niños aman los deportes ruidosos y movidos, tocar el tambor, bailar la peonza, y tirar de sus carritos. Las niñas, por el otro lado, se inclinan más por las cosas de apariencia y adorno, como los espejos, las baratijas, y las muñecas. La muñeca es el juego particular del sexo femenino, por lo que vemos que su gusto se adapta evidentemente a su destino. La parte física del arte de agrandar descansa en el vestido, y esto es todo lo que las niñas están capacitadas para cultivar de dicho arte¹⁰.

* * * * *

Vemos, por tanto, aquí una predisposición primaria firmemente establecida, que sólo se necesita proseguir y regular. La pequeña criatura estará, sin duda alguna, muy deseosa de saber cómo vestir a su muñeca, de hacerle los nudos de sus mangas, sus volantes, su tocado, etc. Está obligada a recurrir a las personas a su alrededor para que la ayuden con estos artículos, que le sería mucho más agradable debérselos todos a su propia industria. Por tanto, tenemos una buena razón a favor de las primeras lecciones que habitualmente se enseñan a estas jóvenes, en las que no parece que les establezcamos una tarea sino haciéndoles un favor, pues se las instruye en lo que es inmediatamente útil para ellas mismas. Y, de hecho, casi todas ellas aprenden con desgana a leer y escribir, pero se aplican muy gustosamente en usar sus agujas. Se imaginan a sí mismas ya crecidas, y piensan con placer que dichas habilidades les permitirán adornarse a sí mismas¹¹.

⁹ Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 495-496.

¹⁰ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 498.

¹¹ Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 498-499.

Esto es ciertamente sólo una educación del cuerpo, pero Rousseau no es el único hombre que ha dicho de forma indirecta que meramente la persona de una mujer *joven*, sin entendimiento alguno, a menos que la vivacidad caiga bajo dicha descripción, es muy agradable. Para hacerla débil, y lo que algunos denominarán hermosa, se descuida el entendimiento, y se fuerza a las niñas a sentarse quietas, jugar con sus muñecas y escuchar conversaciones necias —se insiste en el efecto de la costumbre como si se tratase de una indicación indudable de la naturaleza—. Sé que era la opinión de Rousseau que los primeros años de juventud deben ser empleados en formar el cuerpo, aunque en la educación de Emilio él se desvía de dicho plan. Pero hay una gran diferencia entre fortalecer el cuerpo, de lo que depende en gran medida la fuerza de la mente, y proporcionarle sólo naturalidad de movimiento.

Las observaciones de Rousseau, conviene remarcar, fueron hechas en un país donde el arte de complacer fue refinado sólo para extraer la grosería del vicio¹². No regresó a la naturaleza: o su dominante apetito estorbó las operaciones de la razón, o no habría extraído estas crudas inferencias. .

En Francia los niños y las niñas, y en particular las últimas, son educados sólo para complacer, para ocuparse de sus personas y regular su conducta exterior, y sus mentes son corrompidas a una edad muy temprana, por las mundanas y piadosas advertencias que reciben para guardarlos contra la vanidad. Hablo de tiempos pasados. Las mismas confesiones que se obligaba a hacer a los niños, y las preguntas de los sacerdotes¹³, sé de buenas fuentes que eran suficientes para inculcar el carácter sexual; y la educación de la sociedad era una escuela de coquetería y arte. A la edad de diez u once años, es más, con frecuencia mucho antes, las niñas empezaban a coquetear, y hablaban, sin reprobaciones, de establecerse en el mundo a través del matrimonio.

En resumen, se las trataba como mujeres casi desde su mismo nacimiento, y recibían cumplidos en vez de instrucción, que debilitaban la mente. Se suponía así que la Naturaleza había actua-

¹² Francia.

¹³ Durante la confesión.

do como una madrastra cuando formó este producto posterior de la Creación¹⁴.

No concediéndoles entendimiento, sin embargo, no era más que consecuente someterlas a una autoridad independiente de la razón, y, con el fin de prepararlas para esta sujeción, Rousseau aconseja lo siguiente:

Las niñas deben ser activas y diligentes, y eso no es todo, deben ser también sometidas tempranamente a control. Este infortunio, si realmente lo es, es inseparable de su sexo, y nunca habrán de desecharlo sin sufrir males más crueles. Deben someterse, durante toda su vida, al más constante y severo control, que es el del decoro: es por tanto necesario acostumbrarlas pronto a dicho confinamiento, para que no les cueste más adelante demasiado caro, y a la supresión de sus caprichos, para que se sometan más gustosamente a la voluntad de otros. Si, de hecho, se inclinan por trabajar constantemente, debe obligárseles a dejar el trabajo de lado algunas veces. Disipación, ligereza e inconstancia son faltas que fluyen prontamente de sus primeras predisposiciones, cuando son corrompidas o pervertidas por demasiada indulgencia. Para evitar este abuso deberíamos enseñarlas, sobre todo, a contenerse debidamente. La vida de una mujer modesta es reducida, por nuestras absurdas instituciones, a un conflicto perpetuo consigo misma: no deja de ser justo que este sexo participe de los sufrimientos derivados de los males que nos ha causado¹⁵.

¿Y por qué es la vida de una mujer modesta un conflicto perpetuo? Debo responder que el propio sistema de educación la hace así. La modestia, la templanza y la abnegación son los frutos serios de la razón, pero, cuando la sensibilidad es alimentada a expensas del entendimiento, debe controlarse a seres tan débiles por medios arbitrarios y someterles a conflictos continuos. Mas demos a la actividad de su mente un alcance más amplio, y pasiones y motivos más nobles gobernarán sus apetitos y sentimientos:

El apego y el cariño comunes de una madre, aún más, el mero hábito, hará que sus hijos la amen, si no hace nada para incurrir en su odio. Incluso el control al que les somete, si está bien dirigido,

¹⁴ La mujer, creada después y a partir del hombre según la Biblia.

¹⁵ Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 500-501.

aumentará su afecto, en vez de mermarlo, porque siendo el estado de dependencia natural al sexo, ellos se percibirán a sí mismos formados para la obediencia¹⁶.

Esto es asumir lo que hay que argumentar, pues la servidumbre no sólo envilece al individuo, sino que sus efectos parecen transmitirse a la posteridad. Considerando el lapso de tiempo que las mujeres han sido dependientes, ¿sorprende que algunas de ellas abracen sus cadenas y sean serviciales como el perro de aguas? «Estos perros», observa un naturalista¹⁷, «mantenían al principio las orejas erguidas, pero la costumbre ha reemplazado a la naturaleza, y una muestra de temor se ha convertido en belleza».

Por la misma razón —observa Rousseau—, las mujeres tienen, o deben tener, poca libertad. Son propensas a gratificarse en exceso con aquello que se les permite. Adictas a las cosas hasta el extremo, son arrastradas por sus diversiones incluso más que los niños¹⁸.

La respuesta a esto es muy sencilla. Los esclavos y las masas se han gratificado siempre en los mismos excesos una vez que se han escapado de la autoridad. El arco doblado vuelve violentamente a su posición original, cuando la mano que lo sujetaba con fuerza afloja repentinamente, y la sensibilidad, juguete de las circunstancias exteriores, debe someterse a la autoridad o moderarse mediante la razón.

De este habitual control resulta —continúa— una docilidad que las mujeres necesitan durante toda su vida, al permanecer constantemente bajo la sujeción del hombre o de las opiniones de la humanidad, y nunca se les permite elevarse por encima de aquellas opiniones. La primera y más importante habilidad en una mujer es la buena naturaleza o suavidad de carácter; formada para obedecer a un ser tan imperfecto como el hombre, a menudo lleno de vicios, y siempre lleno de faltas, la mujer debe aprender tempranamente incluso a sufrir la injusticia y a soportar los insultos del marido sin quejarse; y no por el bien de él, sino por el suyo propio, deben te-

¹⁶ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 501.

¹⁷ Conde Georges Louis Leclerc de Buffon (1707-1788), naturalista francés y autor de *Histoire naturelle, générale et particulière*, de donde procede la cita.

¹⁸ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 502.

ner un temperamento apacible. La perversidad y la malicia de las mujeres sólo sirven para agravar su propio infortunio y la mala conducta de sus maridos; las mujeres deben percibir claramente que éstas no son las armas con las que consiguen la superioridad¹⁹.

Formadas para vivir con semejante ser tan imperfecto como el hombre, deben aprender mediante el ejercicio de sus facultades la necesidad de la paciencia, pero todos los derechos sagrados de la humanidad son violados al insistir en la obediencia ciega, si no es que los derechos más sagrados pertenecen *sólo* al hombre.

El ser que pacientemente soporta la injusticia y aguanta en silencio los insultos, pronto se volverá injusto o incapaz de discernir lo correcto de lo malo. Además, niego el hecho: éste no es el modo verdadero de formar o mejorar el temperamento, pues, como sexo, los hombres tienen mejor temperamento que las mujeres, porque se emplean en ocupaciones que interesan a la cabeza así como al corazón, y la firmeza de la cabeza da una temperatura saludable al corazón. La gente de sensibilidad raramente tiene un buen temperamento. La formación del temperamento es el trabajo frío de la razón, cuando, conforme la vida avanza, mezcla con feliz destreza elementos discordantes. Nunca he conocido una persona débil o ignorante que tuviera buen temperamento, aunque con frecuencia reciben ese nombre aquel buen humor constitucional y aquella docilidad que el miedo estampa en la conducta. Digo conducta, porque la docilidad genuina nunca alcanzó el corazón o la mente, excepto como efecto de la reflexión. Y muchos hombres sensatos que encuentran a algunas de esas gentiles criaturas irritables compañeras muy molestas concederán que ese sencillo control produce una serie de humores pecaminosos en la vida familiar.

«Cada sexo», sigue argumentando, «debe preservar su tono y manera peculiar. Un marido manso puede hacer a su esposa impertinente, pero el carácter sosegado en el lado de la mujer siempre traerá a un hombre de vuelta a la razón, a menos que sea absolutamente una bestia, y tarde o temprano triunfará sobre el»²⁰. Puede que tal vez la razón sosegada tenga a veces este efecto, pero

¹⁹ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 502.

²⁰ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 502.

el miedo abyecto siempre inspira desprecio, y las lágrimas son sólo elocuentes cuando corren por mejillas bellas.

¿De qué materiales puede estar compuesto aquel corazón que puede enternecerse cuando se le insulta y, en vez de rebelarse contra la injusticia, besa la vara que le golpea? ¿Es injusto inferir que la virtud de quien puede acariciar a un hombre, con verdadera dulzura femenina, en el momento mismo en que él la trata tiránicamente, se cimienta en la estrechez de miras y el egoísmo? La naturaleza nunca ha dictado tal insinceridad, y aunque la prudencia de este tipo sea denominada virtud, la moralidad se vuelve vaga cuando se supone que cualquier parte reside en la falsedad. Éstos son meros recursos, y los recursos son útiles sólo momentáneamente.

Que el marido se guarde de confiar demasiado implícitamente en esta obediencia servil, pues si su esposa puede acariciarle con cautivadora dulzura cuando está enfadado, y cuando ella debiera estar enfadada, a menos que el desprecio haya ahogado la efervescencia natural, ella puede hacer lo mismo tras despedirse de un amante. Éstos son todos los preparativos para el adulterio, o, si el miedo del mundo, o del infierno, contuviera su deseo de complacer a otros hombres, cuando ya no puede complacer a su marido, ¿qué sustituto puede encontrar un ser que ha sido formado solamente, por la naturaleza y las artes, para complacer al hombre? ¿Qué puede compensarle por esta privación, o dónde ha de buscar una nueva ocupación? ¿Dónde puede encontrar suficiente fortaleza de mente para determinarse a empezar la búsqueda, cuando sus hábitos ya están arraigados y la vanidad ha gobernado por largo tiempo su mente caótica?

Pero este moralista parcial recomienda la astucia de forma sistemática y plausible:

Las hijas deben ser siempre sumisas; las madres, sin embargo, no deben ser inexorables. Para hacer a una persona joven dócil no debe hacerse infeliz, para hacerla modesta no debe hacerse una estúpida. Por el contrario, no me desagradaría si se le permitiese usar algún arte, no para eludir el castigo en caso de desobediencia, sino para eximirse de la necesidad de obedecer. No es necesario hacer su dependencia opresiva, sino sólo dejarle sentirla. La sutileza es un talento natural al sexo, y, como estoy convencido de que

todas nuestras inclinaciones naturales son buenas y correctas en sí mismas, soy de la opinión de que debe cultivarse tanto como las otras: sólo debemos prevenir su abuso²¹.

«Cualquier cosa que exista», procede triunfalmente a inferir, «está bien»²². De acuerdo. Sin embargo, tal vez, ningún aforismo ha contenido jamás una aserción más paradójica. Es una verdad solemne respecto a Dios. Él, digo con reverencia, lo ve todo de una vez, y vio sus justas proporciones en las entrañas del tiempo. Pero el hombre, que sólo puede examinar partes dispersas, encuentra muchas cosas equivocadas, y es parte del sistema, y por tanto cierto, que debe intentar alterar aquello que así se lo parezca, incluso cuando se inclina ante la Sabiduría de su Creador y respeta la oscuridad que intenta disipar.

La conclusión que sigue es justa, suponiendo que el principio sea acertado:

La superioridad de destreza, peculiar al sexo femenino, es una indemnización muy equitativa por su inferioridad en cuanto a fuerza: sin esto, la mujer no podría ser compañera del hombre, sino su esclava; mediante su destreza e ingenio superiores ella preserva su igualdad y le gobierna mientras simula obedecer. La mujer tiene todo en su contra: tanto nuestras faltas como su propia timidez y debilidad. No tiene nada a su favor, excepto su sutileza y belleza. ¿No es entonces muy razonable que cultive ambas?²³

La grandeza de mente no puede cohabitar nunca con la astucia o la destreza, pues no voy a discutir tontamente sobre las palabras cuando su significado directo es la insinceridad y la falsedad, pero me contento con observar que, si alguna clase de la humanidad fue así creada, que deba necesariamente ser educada por reglas no estrictamente deducidas de la verdad, la virtud es un asunto de convención. ¿Cómo pudo Rousseau atreverse a afirmar, tras dar este consejo, que en el gran fin de la existencia el objetivo de ambos se-

²¹ Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 502-503.

²² Rousseau escribe: «Lo que es, es bueno, y ninguna ley general puede ser mala». Rousseau, *Emilio*, cit., p. 504.

²³ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 504.

xos debe ser el mismo, cuando sabía bien que la mente, formada por sus ocupaciones, se expande conforme las grandes perspectivas engullen a las pequeñas, o se vuelve ella misma estrecha?

Los hombres tienen fuerza física superior. Pero, si no fuera por las nociones equivocadas de belleza, las mujeres adquirirían suficiente fuerza para ser capaces de ganarse su propia subsistencia, definición verdadera de la independencia, y para soportar las inconveniencias y esfuerzos físicos que son necesarios para fortalecer la mente.

Que alcancemos la perfección del cuerpo, al permitírsenos hacer el mismo ejercicio que a los niños, no sólo durante la infancia, sino también durante la juventud, y podremos saber hasta dónde se extiende la superioridad natural del hombre. Porque ¿qué razón o virtud se puede esperar de una criatura cuando se descuida la época de siembra de la vida? Ninguna, si los vientos del cielo no esparciesen casualmente muchas semillas útiles en el suelo barbecho.

La belleza no se puede adquirir mediante el vestido, y la coquetería no es un arte que se alcance tan temprana y rápidamente. Mientras las niñas son todavía jóvenes, sin embargo, tienen la capacidad de estudiar ademanes agradables, una modulación de la voz agradable, un porte y conducta desenvueltos, así como de aprovecharse de adaptar elegantemente su aspecto y actitud al tiempo, lugar y ocasión. Su ocupación, por tanto, no debe confinarse solamente a las artes de la industria y la costura, cuando muestren otros talentos cuya utilidad es aparente²⁴.

Por mi parte, haría que una joven inglesa cultivara sus talentos agradables, con el fin de complacer a su futuro marido, con tanto cuidado y asiduidad como una joven circasiana²⁵ cultiva los suyos con el fin de adecuarla para el harén de un bajá oriental²⁶.

Para hacer a la mujer completamente insignificante, añade:

Las lenguas de las mujeres son muy volubles, hablan más tempranamente, más fácilmente y de forma más agradable que los hombres; se les acusa también de hablar mucho más: pero así debe ser, y debo estar muy gustoso de convertir este reproche en un cum-

²⁴ Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 506-507.

²⁵ Habitante de Circasia, región de Rusia en la costa noreste del mar Negro.

²⁶ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 508.

plido. Sus labios y ojos tienen la misma actividad y por la misma razón. Un hombre habla de lo que sabe, una mujer de lo que le complace; el uno requiere conocimiento, la otra gusto; el principal objeto del discurso de un hombre debe ser lo que es útil, el de la mujer lo que es agradable. No debe haber nada en común entre sus distintas conversaciones excepto la verdad.

No debemos, por tanto, moderar la charla de las chicas de la misma manera que lo hacemos con la de los chicos, con aquella severa pregunta: *¿Con qué propósito estás hablando?*, sino con otra, no menos difícil: *¿Cómo será recibido tu discurso?* En la infancia, cuando todavía son incapaces de discernir el bien del mal, deben observar, como ley, no decir nunca nada desagradable para aquellos con los que hablan. Lo que hará la práctica de esta ley también más difícil es que siempre ha de subordinarse a la anterior: nunca hablar falsamente o decir una mentira²⁷.

Gobernar la lengua de esta forma requiere gran destreza, y es practicada en demasía tanto por los hombres como por las mujeres. ¡Qué pocos hablan desde la abundancia del corazón!²⁸ Tan pocos, que yo, que amo la simplicidad, renunciaría alegremente a la buena educación por una cuarta parte de la virtud que se ha sacrificado a una equívoca calidad que, como mucho, debiera ser sólo el brillo de la virtud.

Pero, para completar el esbozo:

Es fácil imaginar que, si los niños no son capaces de formarse ninguna noción verdadera de religión, esas ideas deben de estar muy por encima de la concepción de las niñas. Es por esta misma razón que yo empezaría a hablarles lo antes posible de esta materia, pues si esperamos hasta que sean capaces de discutir metódicamente estas cuestiones profundas corremos el riesgo de no hablarles nunca de ellas durante sus vidas. La razón de las mujeres es práctica, y las capacita astutamente para descubrir los medios con los que alcanzar un fin conocido, pero nunca las capacitaría para descubrir el fin mismo. Las relaciones sociales de los sexos son de hecho verdaderamente admirables: de su unión resulta una sola persona moral, de la cual la mujer puede considerarse los ojos y el hombre

²⁷ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 510.

²⁸ Véase cap. II, n. 13, p. 78.

la mano, con tal dependencia mutua, que la mujer tiene que aprender del hombre lo que ha de ver, y el hombre de la mujer lo que debe hacer. Si la mujer pudiese recurrir a los primeros principios de las cosas tanto como el hombre, y el hombre estuviese capacitado para entrar en la *minucia* de las cosas tanto como la mujer, siempre independientes el uno del otro, vivirían en discordia perpetua, y su unión no podría subsistir. Pero, en la presente armonía que naturalmente subsiste entre ellos, sus facultades diferentes tienden a un fin común y es difícil decir cuál de ellos contribuye en mayor medida: cada uno sigue el impulso del otro, cada uno obedece, y ambos son dueños.

Como la conducta de la mujer está subordinada a la opinión pública, su fe en los asuntos de la religión debe, por esa misma razón, someterse a la autoridad. *Toda hija debe ser de la misma religión que su madre, y toda esposa de la misma religión que su marido, pues, aunque dicha religión sea falsa, esa docilidad que induce a la madre y a la hija a someterse al orden de la naturaleza, remueve, a los ojos de Dios, la criminalidad de su error*ⁱⁱⁱ. Como no están capacitadas para juzgar por sí mismas, deben acatar la decisión de sus padres y maridos tan confiadamente como la de la Iglesia²⁹. Como la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no es tan necesario explicarles la razón para su creencia, como tender con precisión los dogmas en los que deben creer: pues el credo, que presenta sólo ideas oscuras a la mente, es la fuente del fanatismo, y aquello que presenta absurdos lleva a la infidelidad³⁰.

La autoridad absoluta e incontrovertida, parece, debe subsistir en algún lugar, ¿pero no es ésta una apropiación directa y exclusiva de la razón? Los *derechos* de la humanidad han sido así confinados a la línea masculina desde Adán en adelante. Rousseau llevaría esta aristocracia masculina incluso más lejos, pues insinúa que no cul-

ⁱⁱⁱ ¿Cuál sería la consecuencia si *sucediese* que las opiniones de la madre y del marido no concordasen? Una persona ignorante no puede ser persuadida de un error –y, cuando es *persuadida* de abandonar un prejuicio por otro, la mente es confundida–. En efecto, el marido puede no tener ninguna religión que enseñarle, aunque en semejante situación ella carecerá de un apoyo para su virtud, independiente de las consideraciones mundanas.

²⁹ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 512. La cursiva es de Wollstonecraft.

³⁰ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 513.

pa a aquellos que abogan por dejar a la mujer en el estado de la más profunda ignorancia, si no fuera necesario proporcionarle un poco del conocimiento sobre los hombres y las costumbres producidas por las pasiones humanas, para preservar su castidad y justificar la elección del hombre a los ojos del mundo; de lo contrario, ella podría reproducirse en el hogar sin volverse menos voluptuosa e inocente mediante el ejercicio de su entendimiento, excepto, por supuesto, durante el primer año del matrimonio, cuando podría ocupar su entendimiento en vestirse como Sofía. «Su vestido es extremadamente modesto en apariencia y, sin embargo, muy coqueto de hecho. Ella no hace gala de sus encantos, sino que los oculta, pero al ocultarlos sabe cómo afectar vuestra imaginación. Todo el que la vea dirá: “ahí va una chica discreta y modesta”, pero, cuando estéis cerca de ella, vuestros ojos y vuestros afectos deambularán por todo su cuerpo, de tal forma que no podréis apartarlos, y concluiréis que cada parte de su vestido, simple como parece, fue puesta en su correcto orden sólo para ser quitada de una a una por la imaginación³¹.» ¿Es esto modestia? ¿Es ésta la preparación para la inmortalidad? Una vez más, ¿qué opinión debemos formarnos de un sistema de educación, cuando el autor dice de su heroína «que para ella, hacer las cosas bien, no es más que una preocupación *secundaria*; su principal preocupación es hacerlas *primorosamente*»³²?

Secundarias, de hecho, son todas sus virtudes y habilidades, pues, con respecto a la religión, Rousseau hace a sus padres decirle, acostumbrada a la sumisión: «Tu marido te instruirá en su *debidó momento*»³³.

Tras anquilosar así la mente de la mujer, si con el fin de mantenerla bella no la ha dejado casi en blanco, le aconseja reflexionar para que un hombre meditativo no bostece en su compañía cuando se cansa de acariciarla. ¿Sobre qué tiene que reflexionar aquel que debe obedecer? ¿Y no sería acaso un refinamiento de la crueldad abrir su mente sólo para hacer *visibles* la miseria y oscuridad de su

³¹ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 535.

³² Rousseau, *Emilio*, cit., p. 536. La cursiva es de Wollstonecraft.

³³ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 539. La cursiva es de Wollstonecraft.

destino?³⁴ Pero éstas son sus sensatas observaciones, el lector ha de determinar cuán consistentes con lo que ya me he visto obligada a citar, para dar una visión justa de la materia:

Aquellos que pasan sus vidas enteras trabajando por el pan de cada día no tienen ideas más allá de sus asuntos o su interés, y todo su entendimiento parece encontrarse en las puntas de sus dedos. Esta ignorancia no es perjudicial para su integridad ni para sus morales, sino que a menudo es de utilidad para ellas. Algunas veces, mediante la reflexión, somos llevados a capitular ante nuestro deber y concluimos sustituyendo una jerga de palabras en lugar de las cosas. Nuestra propia conciencia es el filósofo más iluminado. No es necesario estar familiarizado con los deberes de Tullius³⁵ para hacer un hombre de probidad: y tal vez la mujer más virtuosa en el mundo es la menos familiarizada con la definición de virtud. Pero no es menos cierto que un entendimiento cultivado sólo puede hacer la sociedad más agradable, y es algo melancólico para el padre de una familia, aficionado al hogar, verse obligado a estar siempre absorto en sí mismo y no tener a nadie a quien pueda dar a conocer sus sentimientos.

«Además, ¿cómo podría una mujer carente de reflexión ser capaz de educar a sus hijos? ¿Cómo podría discernir lo que es apropiado para ellos? ¿Cómo debería inclinarlos hacia aquellas virtudes con las que ella no está familiarizada o hacia aquellos méritos que desconoce? Ella sólo puede consolarlos o reprenderles, volverlos insolentes o tímidos. Ella los volverá dandis ceremoniosos o ignorantes zoquetes, pero nunca sensatos o amigables³⁶.» ¿Cómo podría hacer todo esto, ciertamente, cuando su marido no está siempre a mano para prestarle su razón, siendo así que los dos juntos suman un solo ser moral? Un ciego, «ojos sin manos», no caminará muy lejos, y posiblemente la razón abstracta de él, que debería concentrar los rayos

³⁴ Cfr. Milton, *op. cit.*, I, ll. 62-63: «[...] sin embargo esas llamas / no dan luz, sino más bien visible oscuridad, / que sólo sirve para descubrir escenas de infortunio, / regiones de dolor, lúgubres sombras, donde la paz / y el descanso no pueden habitar nunca» [ed. cast. cit., p. 10].

³⁵ *De officiis*, de M. T. CICERÓN [ed. cast.: *Sobre los deberes*, Madrid, Tecnos, 2002].

³⁶ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 555.

dispersos de la razón práctica de ella, puede ser empleada en juzgar el sabor del vino, disertar sobre las salsas más apropiadas para la tórtola o, más profundamente concentrado en un juego de cartas, generalizar sus ideas conforme apuesta su fortuna, dejando toda la *minucia* de la educación a su compañera, o a la suerte.

Pero, concediendo que la mujer debe ser bella, inocente y boba, para hacerla así una compañera más atractiva e indulgente, ¿a qué fin se sacrifica su entendimiento? ¿Y por qué es toda esta preparación necesaria sólo, de acuerdo con el sentir de Rousseau, para hacerla la amante de su marido por muy poco tiempo? Pues ningún hombre ha insistido jamás más en la naturaleza transitoria del amor. Así dice el filósofo:

Los placeres sensuales son transitorios. El estado habitual del afecto siempre pierde mediante su gratificación. La imaginación, que decora el objeto de nuestros deseos, se pierde en la realización práctica. Con la excepción del Ser Supremo, que es autoexistente, no hay nada bello excepto lo que es ideal³⁷.

Pero vuelve a esta paradoja ininteligible otra vez, cuando se dirige a Sofía.

Emilio, al convertirse en tu marido, se convierte en tu dueño y reclama tu obediencia. Tal es el orden de la naturaleza. Cuando un hombre se casa, sin embargo, con una esposa como Sofía, es adecuado que sea dirigido por ella: esto es también de acuerdo con el orden de la naturaleza: es por tanto para darte tanta autoridad sobre su corazón como el sexo de él le da sobre tu persona, que yo te hago el árbitro de sus placeres. Esto te puede costar, tal vez, cierta abnegación desagradable, pero estarás segura de mantener tu imperio sobre él, si puedes preservarlo sobre ti misma —lo que ya he observado, también, me indica que este intento difícil no excede a tu coraje. ¿Tendrías a tu marido constantemente a tus pies? Manténlo a cierta distancia de tu persona. Mantendrás por largo tiempo la autoridad en el amor, si sabes cómo volver tus favores raros y valiosos. Es así como podrás emplear incluso las artes de la coquetería al servicio de la virtud, y las del amor al de la razón³⁸.

³⁷ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 608.

³⁸ Cita libre de Rousseau, *Emilio*, cit., pp. 654-655.

Debo cerrar estos extractos con una justa descripción de la pareja cómoda:

Y, sin embargo, no debes imaginar que incluso semejante administración será siempre suficiente. Cualesquiera que sean las precauciones que se tomen, el goce desgastará gradualmente el filo de la pasión. Pero cuando el amor ha durado tanto como es posible, una costumbre agradable tomará su lugar, y el apego de la confianza mutua seguirá a los arrebatos de la pasión. Los hijos a menudo forman una más agradable y permanente unión entre las personas casadas que el amor mismo. Cuando dejes de ser la amante de Emilio, continuarás siendo su esposa y amiga, y serás la madre de sus hijos^{iv 39}.

Los niños, observa correctamente, constituyen una conexión más permanente entre las personas casadas que el amor. La belleza, declara, no será valorada, ni siquiera vista después que la pareja haya vivido seis meses junta; los encantos y coqueterías artificiales igualmente saciarán los sentidos, ¿por qué dice entonces que una chica debe ser educada para su marido con el mismo cuidado que para un harén oriental?

Apelo ahora desde los ensueños de la imaginación y el desenfreno refinado al sentido común de la humanidad: si el objeto de la educación ha de ser preparar a las mujeres para convertirse en esposas castas y madres sensatas, ¿es el método tan plausiblemente recomendado en el anterior esbozo el mejor calculado para producir dichos fines? ¿Se concederá que el medio más seguro para hacer a una mujer casta es enseñarle a practicar las artes lujuriosas de una amante, denominadas coquetería virtuosa por el sensualista que no puede gozar con los encantos naturales de la sinceridad, o saborear el placer que fluye de la intimidad tierna, cuando la confianza no es contrarrestada por la sospecha y hecha interesante por el juicio?

El hombre que puede contentarse con vivir con una bella, útil compañera, sin intelecto, ha perdido en las gratificaciones voluptuosas el gusto por los goces más refinados, no ha sentido nunca la satisfacción tranquila, que refresca el corazón seco como el silen-

^{iv} *Emilio* de Rousseau.

³⁹ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 655.

cioso rocío del cielo, de ser amado por alguien que pueda entenderle. En compañía de su mujer está todavía solo, excepto cuando el hombre se sume en la bestia. «El encanto de la vida», dice un grave razonador filosófico⁴⁰, es «la simpatía, nada nos complace más que observar en otros hombres un sentimiento de compañerismo con todas las emociones de nuestro propio corazón».

Pero, de acuerdo con el tenor del razonamiento, según el cual las mujeres han de ser mantenidas lejos del árbol del conocimiento, los importantes años de la juventud, la utilidad de la edad, y las esperanzas racionales del futuro, deben ser todos sacrificados para hacer de la mujer un objeto del deseo por un *breve* tiempo. Además, ¿cómo puede Rousseau esperar que sean virtuosas y constantes cuando ni se permite a su razón fundamentar su virtud, ni a la verdad ser el objeto de sus investigaciones?

Pero todos los errores de razonamiento de Rousseau se derivan de la sensibilidad, ¡y las mujeres están muy gustosas de perdonar la sensibilidad a sus encantos! Cuando debería haber razonado se volvió apasionado, y la reflexión inflamó su imaginación en vez de iluminar su entendimiento. Incluso sus virtudes le llevaron también aún más desencaminado, pues, nacido con una constitución cálida e imaginación vivaz, la naturaleza le ha llevado al otro sexo con tal entusiasta afición que pronto se volvió lujurioso. Si se hubiera rendido a estos deseos, el fuego se habría extinguido a sí mismo de forma natural, pero la virtud y un tipo romántico de delicadeza le hicieron practicar la abnegación, si bien, cuando el miedo, la delicadeza o la virtud le contuvieron, corrompió su imaginación, y, reflexionando sobre las sensaciones a las que la imaginación dio fuerza, las pintó con los colores más brillantes y las hundió profundamente en su alma.

Entonces buscó soledad, no dormir con el hombre de la naturaleza, o investigar tranquilamente las causas de las cosas a la sombra bajo la que Sir Isaac Newton dio rienda suelta a la contemplación, sino que meramente gratificó sus sentimientos. Y tan cálidamente ha pintado lo que sentía enérgicamente que, interesando al corazón e inflando la imaginación de sus lectores, en proporción a la fuerza de su imaginación, ellos imaginan que su entendimiento es con-

⁴⁰ Cita libre de Adam Smith, *op. cit.*, p. 57.

vencido, cuando sólo simpatizan con un escritor poético, que habilidosamente exhibe los objetos del sentido, más voluptuosamente ensombrecidos o elegantemente cubiertos con un velo. Y así, haciéndonos sentir mientras soñamos que razonamos, se dejan conclusiones erróneas en la mente.

¿Por qué la vida de Rousseau estuvo dividida entre el éxtasis y la miseria? ¿Puede haber alguna otra respuesta que ésta, que la eferescencia de su imaginación produjo ambas? Pero, si se hubiera permitido a esta fantasía enfriarse, es posible que hubiera adquirido más fortaleza de mente. Pues, si el propósito de la vida es educar la parte intelectual del hombre, todo con respecto a él era correcto. Sin embargo, si la muerte no hubiera llevado a un escenario más noble de acción, es probable que hubiera disfrutado más felicidad en la tierra, y hubiera sentido las sensaciones tranquilas del hombre natural, en vez de prepararse para otro estadio de la existencia alimentando las pasiones que agitan a un hombre civilizado.

Pero ¡paz a su espíritu! No lucho con sus cenizas, sino con sus opiniones. Lucho sólo con la sensibilidad que le llevó a degradar a la mujer haciéndola la esclava del amor.

Maldito vasallaje,
Al principio idolatradas hasta que el fuego del amor se apaga,
Más tarde esclavas de aquellos que nos cortejaban.

Dryden⁴¹

La tendencia perniciosa de aquellos libros en los que los escritores insidiosamente degradan al sexo mientras se postran ante sus encantos personales no puede exponerse con demasiada frecuencia o demasiada severidad.

¡Elevémonos, mis queridos contemporáneos, sobre tales prejuicios estrechos! Si la sabiduría es deseable por sí misma, si la virtud, para merecer el nombre, debe fundarse en el conocimiento, intentemos fortalecer nuestras mentes mediante la reflexión, hasta que nuestras cabezas equilibren nuestros corazones. No confinemos nuestros pensamientos a los triviales acontecimientos del día,

⁴¹ J. DRYDEN (1631-1700), poeta y dramaturgo inglés. Tomado de su libreto para la ópera *The State of Innocence: and Fall of Man*, V, i, ll. 58-60.

o nuestro conocimiento a la familiaridad con los corazones de nuestros amantes o maridos, ¡sino dejemos que la práctica de todo deber se subordine al gran deber de mejorar nuestras mentes y preparar nuestros afectos para un estado más exaltado!

Cuidémonos por tanto, amigos míos, de dejar a nuestro corazón agitarse con cualquier incidente trivial. ¡El junco es sacudido por la brisa y muere cada año, pero el roble aguanta firme y desafía a la tormenta por décadas!

En efecto, si sólo fuéramos creados para revolotear y morir, rindámonos entonces a la sensibilidad y riámonos de la severidad de la razón. Pero, ¡ay!, incluso entonces deberíamos querer fuerza de cuerpo y mente, y la vida se perdería en placeres febriles o en tedioso letargo.

Mas el sistema de educación que tan seriamente deseo ver estallar parece presuponer que nunca debemos dar por sentado que la virtud nos protege de los accidentes de la vida, y que la fortuna, deslizándose su venda, sonreirá a una mujer bien educada, y pondrá en sus manos a un Emilio o un Telémaco⁴². Mientras que, por el contrario, la recompensa que la virtud promete a sus devotos se confina, parece claro, a sus propios corazones, y con frecuencia deben luchar con los problemas mundanos más vejatorios, y soportar los vicios y humores de relaciones por las que nunca pueden sentir una amistad.

Ha habido muchas mujeres en el mundo que, en vez de apoyarse en la razón y en la virtud de sus padres o hermanos, han fortalecido sus mentes luchando contra sus vicios y locuras; sin embargo, nunca han conocido a un héroe, en la forma de un marido, que, pagando la deuda que la humanidad les debe, podría, por casualidad, traer de vuelta sus razones a su estado dependiente natural, y restituir al hombre la prerrogativa usurpada de elevarse sobre la opinión.

⁴² Referencia a Emilio, el protagonista de Rousseau, y a Telémaco, el protagonista de *Les Aventures de Télémaque* (1699), de F. Fénelon. En el *Emilio* Sofía declara a su madre que está enamorada del personaje ficticio de Telémaco: «Existe, vive, tal vez me está buscando, un alma que puede amarle» (Rousseau, *Emilio*, cit., p. 550).

Sección II

Los sermones del doctor Fordyce⁴³ han formado parte durante mucho tiempo de la biblioteca de la mujer joven. No, más aún, se permite a las chicas leerlos en el colegio, pero yo los descartaría inmediatamente de la biblioteca de mi alumna, si desease fortalecer su entendimiento, llevándola a formarse principios sólidos sobre una amplia base, o si sólo estuviera ansiosa por cultivar su gusto, aunque se conceda que contienen muchas observaciones sensatas.

El doctor Fordyce puede haber tenido un objetivo muy laudable en mente, pero estos discursos están escritos en un estilo tan afectado, que aunque sólo fuera por esa razón, y si no tuviera nada que objetar contra sus *melifluos* preceptos, no permitiría a las chicas leerlos atentamente, a menos que pretendiera expulsar cada chispa de naturaleza de su composición, convirtiendo cada cualidad humana en docilidad femenina y elegancia artificial. Digo artificial, pues la verdadera elegancia surge de algún tipo de independencia de mente.

Los niños, desinteresados por complacer, y sólo ansiosos por divertirse, son a menudo muy elegantes, y la nobleza, que ha vivido casi siempre con inferiores y ha dispuesto siempre de dinero, adquiere una elegante naturalidad de porte, que debería llamarse más bien elegancia habitual del cuerpo, frente a la elegancia superior que es verdaderamente expresión de la mente. Esta elegancia de mente, no percibida por los ojos vulgares, a menudo destella a través de una cara áspera, e irradiando cada rasgo, muestra simplicidad e independencia de mente. Es entonces cuando leemos signos de inmortalidad en el ojo y vemos el alma en cada gesto, aunque cuando están relajados puede que ni la cara ni las extremidades tengan mucha belleza que alabar, o el comportamiento ninguna cosa peculiar para atraer la atención universal. La masa de la humanidad, sin embargo, busca belleza más *tangible*, sin embargo la simplicidad es en general admirada cuando las personas no consideran lo que admiran, y ¿puede haber simplicidad sin sinceridad? Pero digamos algo más,

⁴³ James Fordyce (1720-1796), clérigo y poeta, autor de *Sermons to Young Women* (1765).

para acabar con observaciones que son en cierta medida inconexas, aunque naturalmente excitadas por la materia.

En periodos declamatorios el Dr. Fordyce prolonga la elocuencia de Rousseau, y en despotriques más sentimentales detalla sus opiniones respecto al carácter femenino y el comportamiento que la mujer debe asumir para hacerse encantadora.

Debería hablar por sí mismo, pues hace a la Naturaleza dirigirse al hombre:

Contempla estas inocentes sonrientes, a quienes he bendecido con mis más bellos dones, y consignado a tu protección. Contéplalas con amor y respeto, trátalas con ternura y honor. Son tímidas y quieren ser defendidas. Son frágiles. ¡Oh, no te aproveches de su debilidad! Que sus miedos y sonrojos las hagan ser amadas. Que su confianza en ti nunca sea abusada. – ¿Pero es posible que alguno de vosotros pueda ser tan bárbaro, tan soberanamente malvado, para abusar de ello? ¿Podéis ser capaces^v de despojar a las delicadas y confiadas criaturas de su tesoro, o hacer cualquier cosa para despojarlas de su toga natural de virtud? ¡Maldita la mano impía que se atreva a violar la forma inmaculada de la Castidad! ¡Tú, despreciable! ¡Tú, rufián! No te atrevas a provocar la más violenta venganza del Cielo.

No conozco ningún comentario que pueda hacerse seriamente sobre este curioso pasaje, y yo podría producir muchos similares, y algunos tan sentimentales, que he oído a hombres racionales usar la palabra indecentes, cuando los mencionan con disgusto.

En su totalidad hay una exhibición de sentimientos fríos y artificiales, y aquel desfile de sensibilidad que debería enseñarse a despreciar a niños y niñas, como la marca segura de una pequeña mente vana. Floridas apelaciones son hechas al cielo y a las *bellezas inocentes*⁴⁵, las imágenes más bellas del cielo aquí debajo, mientras que el sentido serio se deja bien atrás. Éste no es el lenguaje del corazón, ni lo alcanzará nunca, aunque cosquillee al oído.

^v ¿Podéis?, ¿podéis?, sería el comentario más enfático, si fuera expresado con voz sollozante.

⁴⁴ J. FORDYCE, *Sermons to Young Women* [1776], en *Female Education in the Age of Enlightenment*, vol. I, Londres, Pickering and Chatto, 1996, pp. 99-100.

⁴⁵ Las mujeres.

Se me ha de contar, tal vez, que el público ha sido agrado con tales volúmenes. Ciertamente, y las *Meditations* de Hervey⁴⁶ son todavía leídas, aunque igualmente pecaminosas contra el sentido y el gusto.

Particularmente objeto estas frases de amante de pasión inflada, intercaladas por todos lados. Si se permite alguna vez a las mujeres caminar sin correas, ¿por qué deben ser engatusadas en la virtud por medio de habilidosa adulación y halagos sexuales? ¡Háblales en el lenguaje de la verdad y la seriedad, y fuera las nanas del cariño condescendiente! Que se les enseñe a respetarse a sí mismas como criaturas racionales, y no sean llevadas a apasionarse con sus personas insípidas. Me exaspera oír a un predicador⁴⁷ discutir sobre el vestido y la costura, y aún más oírle dirigirse a *las bellezas inglesas, las más bellas de las bellas*, como si sólo tuvieran sentimientos.

Incluso recomendando piedad utiliza el siguiente argumento: «Nunca, tal vez, una mujer delicada impresiona más profundamente que cuando, recogida en pías evocaciones y poseída por las consideraciones más nobles, asume, sin saberlo, dignidad superior y nuevos encantos, ¡de tal forma que las bellezas de la santidad parecen irradiar sobre ella, y los transeúntes son casi inducidos a imaginársela rindiendo culto entre sus ángeles afines!»⁴⁸. ¿Por qué han de ser las mujeres así educadas con un deseo de conquista? ¡La misma palabra, usada de esta forma, me produce una náusea enfermiza! ¿Es que la religión y la virtud no ofrecen motivos más fuertes, recompensas más brillantes? ¿Deben siempre ser degradadas al hacerseles considerar el sexo de sus compañeros? ¿Deben ser siempre enseñadas a ser agradables? Y cuando dirigen su pequeña artillería al corazón del hombre, ¿es necesario decirles que un poco de juicio es suficiente para hacer su atención *increíblemente calmante*? «Como un pequeño grado de conocimiento entretiene a la mujer, así de una mujer, aunque por una razón distinta, una pequeña expresión de amabilidad deleita, ¡en

⁴⁶ James Hervey (1714-1758), escritor y autor de *Meditations and Contemplations* (1746).

⁴⁷ Fordyce.

⁴⁸ Fordyce, *op. cit.*, p. 163.

particular si ella tiene belleza!⁴⁹» Yo habría supuesto que por la misma razón.

¿Por qué debe decirse a las chicas que se parecen a los ángeles, sino para sumirlas por debajo de las mujeres? O, que una delicada inocente joven es un objeto que se aproxima más a la idea que nos hemos formado de los ángeles que cualquier otro. Sin embargo, se les dice al mismo tiempo que sólo son ángeles cuando son jóvenes y hermosas; consecuentemente son sus cuerpos y no sus virtudes los que les procuran este homenaje.

¡Vanas palabras vacías! ¿A dónde puede llevar semejante falsa adulación, más que a la vanidad y la necedad? El amante, es cierto, tiene licencia poética para exaltar a su amada, su razón es la víctima de su pasión, y no pronuncia una falsedad cuando toma prestado el lenguaje de la adoración. Su imaginación puede elevar el ídolo de su corazón, sin censura, sobre la humanidad, y cosa feliz sería para las mujeres si sólo las adulasen los hombres que las aman. Me refiero a que aman a los individuos, no al sexo, pero ¿debería un predicador serio intercalar sus discursos con semejantes tonterías?

En sermones o novelas, sin embargo, la voluptuosidad es siempre fiel a su texto. Los moralistas permiten a los hombres cultivar, como la Naturaleza ordena, cualidades diferentes, y asumir los diversos caracteres que las mismas pasiones, modificadas casi hasta la infinidad, dan a cada individuo. Un hombre virtuoso puede tener una constitución colérica u optimista, ser alegre o serio, sin reproche, ser firme hasta ser casi opresivo, o débilmente sumiso, no tener voluntad u opinión propia, pero todas las mujeres han de ajustarse, mediante la mansedumbre y la docilidad, a un mismo carácter de sumisa ternura y gentil conformidad.

Usaré las palabras del predicador:

Obsérvese que en tu sexo los ejercicios masculinos no son nunca elegantes, que en ellos un tono y figura, así como un aire y porte del tipo masculino, son siempre intimidadores. Y que los hombres sensibles desean en cada mujer rasgos dulces, y una voz fluida, una forma no robusta y un comportamiento delicado y amable⁵⁰.

⁴⁹ Fordyce, *op. cit.*, p. 248.

⁵⁰ Fordyce, *op. cit.*, pp. 224-225.

¿No es el siguiente retrato, el retrato de una esclava del hogar?:

Estoy asombrado de la insensatez de muchas mujeres que están todavía reprochando a sus maridos por dejarlas solas, por preferir esta o aquella compañía a la suya, por tratarlas con esta o aquella otra muestra de desconsideración o indiferencia, cuando, para decir la verdad, ellas tienen en gran medida la culpa. No quiere decir esto que justifique a los hombres en cualquier cosa mala que hagan. Pero os habéis comportado hacia ellos con *la mayor obediencia respetuosa e idéntica ternura, estudiando sus humores, pasando por alto sus errores, sometiéndolos a sus opiniones*, en asuntos indiferentes, dejando pasar pequeños ejemplos de injusticia, capricho o pasión, dando respuestas *suaves* a las palabras precipitadas, quejándoos tan raramente como sea posible, y ocupándoos diariamente de aliviar sus ansiedades y prevenir sus deseos, para animar la hora del aburrimiento e invocar las ideas de la felicidad: si hubierais proseguido esta conducta, sin duda habríais mantenido e incluso incrementado su estima en la medida en que habríais asegurado todo grado de influencia que pudiera conducir a su virtud, o vuestra satisfacción mutua, y vuestras casas hubieran sido en este día el hogar de la felicidad familiar⁵¹.

Semejante mujer debería ser un ángel, o es una burra, pues no veo huella del carácter humano, ni de la razón ni de la pasión en esta esclava doméstica, cuyo ser es absorbido por el del tirano.

No obstante, el doctor Fordyce debe haber estado muy poco familiarizado con el corazón humano, si realmente suponía que semejante conducta traería de vuelta el amor errabundo, en vez de suscitar desdén. No, la belleza, la ternura, etc., etc., pueden ganar un corazón, pero la estima, el único afecto duradero, sólo puede obtenerse por la virtud sustentada en la razón. Es respeto por el entendimiento lo que mantiene viva la ternura por la persona.

Como estos volúmenes son puestos tan a menudo en las manos de la gente joven, les he prestado más atención de lo que, estrictamente hablando, merecen, pues, al haber contribuido a viciar el gusto y enervar el entendimiento de muchas de mis semejantes, no podía pasarlos por alto en silencio.

⁵¹ Fordyce, *op. cit.*, pp. 264-265.

Sección III

Tanta solicitud paternal se extiende por *Legacy to his Daughters*, del doctor Gregory, que me dispongo a criticarlo con respeto afectuoso. Pero como este pequeño volumen tiene muchas atracciones para recomendarlo a la consideración de la parte más respetable de mi sexo, no puedo pasar por alto en silencio argumentos que tan engañosamente apoyan las opiniones que, creo, han tenido los efectos más perniciosos sobre las morales y los usos del mundo femenino.

Su estilo familiar y sencillo se ajusta particularmente a los temores de su consejo, y la melancólica ternura que el respeto por la memoria de una esposa amada disemina a lo largo de toda la obra lo hace muy interesante. Sin embargo, hay un grado de elegancia concisa conspicua, en muchos pasajes, que desasosiega esta simpatía, y nos encontramos por sorpresa con el autor, donde sólo esperaríamos encontrar al padre.

Además, teniendo dos objetos en mente, raramente se adhiere firmemente a ninguno, pues deseando hacer a sus hijas agradables, y temiendo que la infelicidad fuera la consecuencia de inculcar sentimientos que podrían llevarlas fuera de la senda de la vida común, sin permitirles actuar con independencia y dignidad consonantes, reprime el fluir natural de sus pensamientos y ni aconseja una cosa ni la otra.

En el prefacio les dice una triste verdad: «que oirán, al menos una vez en sus vidas, los sentimientos genuinos de un hombre que no tiene interés en engañarlas»⁵².

¡Desafortunada mujer! ¡Qué se puede esperar de ti cuando los seres de quienes eres naturalmente dependiente para obtener razón y sustento tienen todos interés en engañarte! ¡Ésta es la raíz del mal que ha derramado moho corrosivo sobre todas tus virtudes, y, arruinando los brotes de tus facultades florecientes, te ha vuelto el ser débil que eres! ¡Es este interés separado, este insidioso estado de guerra que mina la moralidad y divide a la humanidad!

⁵² J. GREGORY, *A Father's Legacy to his Daughters* [1774], en *Female Education in the Age of Enlightenment*, vol. I, Londres, Pickering and Chatto, 1996, p. 3.

Si el amor ha hecho a algunas mujeres despreciables, ¡cuántas más ha hecho vanas e inútiles el frío y disparatado intercambio de la galantería! Sin embargo, esta despiadada atención al sexo es considerada tan varonil y tan cortés que, mientras la sociedad no se organice de forma muy diferente, me temo, este vestigio de maneras góticas no será eliminado por un modo de conducta más razonable y afectuoso. Además, para despojarlo de su dignidad imaginaria, debo observar que en los Estados europeos menos civilizados esta palabrería prevalece en gran medida acompañada de la extrema disipación de las morales. En Portugal, el país al que aludo en particular, toma el lugar de la más seria obligación moral, pues un hombre es raramente asesinado cuando se encuentra en compañía de una mujer. La salvaje mano de rapiña es intimidada por este espíritu caballeroso, y, si esta acción de venganza no puede posponerse, se ruega a la dama que perdone la descortesía y marche en paz, aunque salpicada, tal vez, con la sangre de su marido o hermano.

Debo pasar por alto sus críticas a la religión, porque pretendo discutir este asunto en un capítulo separado⁵³.

Los comentarios relativos al comportamiento, aunque muchos de ellos sensatos, los desapruuebo por completo, porque me parece que empiezan, por así decirlo, por el extremo equivocado. Un entendimiento cultivado y un corazón afectuoso nunca querrán rígidas reglas de decoro, algo más sustancial que el decoro será el resultado y sin entendimiento el comportamiento aquí recomendado sería vulgar afectación. ¡El decoro, de hecho, es lo único necesario! El decoro sustituye la naturaleza y destierra toda la simplicidad y variedad del carácter fuera del mundo femenino. Sin embargo, ¿qué buen fin puede producir todo este consejo superficial? Es, sin embargo, mucho más fácil señalar este o aquel otro modo de conducta, que poner la razón a trabajar. Pero cuando la mente se ha aprovisionado de conocimientos útiles, y fortalecido mediante su empleo, la regulación del comportamiento puede dejarse con toda seguridad a su guía.

¿Por qué, por ejemplo, debería darse la siguiente precaución cuando el arte de cualquier tipo debe contaminar la mente, y por

⁵³ Wollstonecraft no se ocupa en esta obra del tema de la religión en un capítulo separado, como anuncia.

qué enmarañar los grandes motivos de la acción, que la razón y la religión igualmente se unen en compeler, con lastimosos artificios mundanos y trucos de magia para ganar el aplauso de necios boquiabiertos y sin gusto? «Sé incluso cauta en exhibir tu buen sentido^{vi}. Se pensará que asumes una superioridad sobre el resto de la compañía. Pero, si tienes algún conocimiento, guárdalo en profundo secreto, especialmente de los hombres, que generalmente miran con ojo maligno y celoso a la mujer de grandes talentos y entendimiento cultivado⁵⁴.» Si los hombres de auténtico mérito, como observa a continuación, son superiores a esta mezquindad, ¿dónde está la necesidad de que el comportamiento de todo el sexo deba ser modulado para complacer a los tontos, u hombres, que teniendo poco derecho a ser respetados como individuos, eligen permanecer en su compacto grupo? Los hombres, es cierto, que insisten en su superioridad común, teniendo sólo esta superioridad sexual, son efectivamente muy disculpables.

No habría fin para las reglas de conducta si es correcto adoptar siempre el tono de la compañía, pues, variando así por siempre la clave, un *bemol* pasaría a menudo por una nota *natural*.

Seguramente hubiera sido más sabio aconsejar a las mujeres mejorarse a sí mismas hasta que se eleven sobre los humos de la vanidad y después dejar a la opinión pública cambiar, ¿pues dónde han de terminar las reglas del acomodo? La estrecha senda de la verdad y la virtud⁵⁵ no se inclina ni a la derecha ni a la izquierda, es una línea recta, y aquellos que seriamente persiguen su camino podrían saltar sobre muchos prejuicios decorosos sin dejar la modestia detrás. Haz el corazón limpio y da empleo a la cabeza, y yo me aventuraré a predecir que no habrá nada ofensivo en el comportamiento.

Los aires de moda que tantos jóvenes ansían conseguir siempre me parecen las estudiadas actitudes de algunas pinturas modernas,

^{vi} Dejemos que las mujeres adquieran de una vez buen sentido. Y, si merece tal nombre, él les enseñará. Si no, ¿de qué serviría cómo emplearlo?

⁵⁴ Gregory, *op. cit.*, p. 15.

⁵⁵ Mateo 7, 13-14: «Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!».

copiadas con servilismo, sin gusto, de las antiguas; el alma es dejada de lado, y ninguna de sus partes se unen por lo que puede llamarse propiamente carácter. El barniz de la moda, que raramente se adhiere de cerca a la sensatez, puede deslumbrar al débil, pero dejemos la naturaleza a sí misma, y raramente desagradará al sabio. Además, cuando una mujer tiene sensatez suficiente para no simular algo que no entiende en grado alguno, no hay necesidad de esconder sus talentos bajo un celemín⁵⁶. Dejemos a las cosas seguir su curso natural y todo irá bien.

Es el sistema de la disimulación, a lo largo del volumen, lo que desprecia. Las mujeres siempre deben *parecer* ser esto y aquello. Sin embargo la virtud les podría apostrofar en las palabras de Hamlet: «¡Apariencias! ¡No conozco apariencias! ¡Nadie podría fingir sentir lo que siento por dentro!»⁵⁷.

Aun así, el mismo tono vuelve a aparecer, pues en otro lado, tras recomendar, sin delicadeza suficientemente discriminatoria, añade:

Los hombres se quejarán de vuestra reserva. Os asegurarán que un comportamiento más franco os hará mucho más agradable. Pero, creedme, no son sinceros cuando os dicen eso. Admito que en alguna ocasión os puede hacer más agradables como compañeras, pero os haría menos agradables como mujeres: una importante distinción de la que muchas de vuestro sexo no son conscientes⁵⁸.

Este deseo de ser siempre mujeres es la misma conciencia que degrada al sexo. Excepto con un amante, debo repetir con énfasis una observación anterior: sería bueno si sólo fueran compañeras agradables o racionales, pero en este respecto su consejo es incluso inconsistente con un pasaje que debo citar con la más notable aprobación.

«El sentimiento de que a la mujer se le pueden permitir todas las libertades inocentes con tal de que su virtud esté segura, es tan tremendamente indelicado como peligroso, y se ha probado que es

⁵⁶ Lucas 11, 33: «Nadie enciende la lámpara y la pone en un rincón ni bajo el celemín, sino sobre un candelero para que los que entren tengan luz». Véase también Marcos 4, 21 y Mateo 5, 15.

⁵⁷ Shakespeare, *op. cit.*, I, ii, ll. 80 y 89.

⁵⁸ Gregory, *op. cit.*, p. 17.

fatal para muchas de vuestro sexo⁵⁹.» Con esta opinión coincido perfectamente. Un hombre, o una mujer, de cualquier sentimiento, debe siempre desear convencer a su amado objeto de que son las caricias del individuo, no del sexo, las que son recibidas y devueltas con placer, y de que es el corazón, más que los sentidos, el que es conmovido. Sin esta delicadeza natural, el amor se convierte en una gratificación personal egoísta que pronto degrada el carácter.

Llevo este sentimiento aún más lejos. El afecto, cuando el amor está fuera de cuestión, autoriza muchos cariños personales que, fluyendo naturalmente de un corazón inocente, dan vida al comportamiento, pero la relación personal de apetito, galantería o vanidad es despreciable. Cuando un hombre aprieta la mano de una mujer hermosa a quien nunca ha visto antes, conduciéndola de la mano a una carroza, ella considerará semejante impertinente libertad como un insulto, si es que tiene alguna delicadeza verdadera, en vez de dejarse adular por este sinsentido homenaje a la belleza. Éstos son los privilegios de la amistad, o el momentáneo homenaje que el corazón presta a la virtud, cuando se hace evidente repentinamente. ¡La mera vivacidad no tiene derecho a las bondades del afecto!

Deseando alimentar los afectos con lo que es ahora el alimento de la vanidad, de buena gana persuadiría a mi sexo para actuar en base a principios más simples. Que merezcan el amor, y lo obtendrán, aunque nunca se les diga que «el poder de una mujer delicada sobre los corazones de los hombres, de los hombres de mayores talentos, está incluso más allá de lo que imagina»⁶⁰.

Ya he observado las estrechas precauciones con respecto a la hipocresía, ternura femenina, delicadeza de constitución, pues éstos son los asuntos sobre los que da vueltas sin parar (de una forma más decorosa, cierto, que Rousseau). Pero todo lleva a la misma conclusión, y quienquiera que pretenda analizar estos sentimientos, encontrará los principios fundamentales no tan delicados como la superestructura.

El asunto de las distracciones es tratado de forma demasiado apresurada, pero con el mismo espíritu.

⁵⁹ Gregory, *op. cit.*, p. 20.

⁶⁰ Gregory, *op. cit.*, p. 20.

Cuando trato de la amistad, el amor y el matrimonio, se encontrará que diferimos considerablemente de opinión. No anticiparé lo que tengo que observar sobre estas materias importantes, sino que confinaré mis observaciones a su tenor general, a aquella cauta prudencia familiar, a aquellas confinadas opiniones de afecto parcial y poco ilustrado, que excluyen el placer y el progreso al desear vanamente prevenir penas y errores; y así protegiendo el corazón y la mente, se destruyen también todas sus energías. A menudo es mucho mejor ser engañado que no confiar nunca, ser desengañado en el amor que no amar nunca, perder el cariño de un marido que renunciar a su estima.

Sería feliz para el mundo, y para los individuos, por supuesto, si toda esta fútil solicitud para obtener felicidad mundana, con un plan limitado, se convirtiera en un ansioso deseo de mejorar el entendimiento. «La sabiduría es lo principal: *por tanto* conseguidla, y con todos vuestros logros conseguid entendimiento⁶¹.» «¿Hasta cuándo, simples de vosotras, amaréis la simplicidad y odiaréis el conocimiento?⁶²» ¡Dijo la Sabiduría a las hijas de los hombres!

Sección IV

No pretendo aludir a todos los escritores que han escrito sobre el tema de la conducta femenina –sería, de hecho, sólo batir sobre tierra batida, pues en general han escrito en la misma línea–, sino que, atacando la jactanciosa prerrogativa del hombre, la prerrogativa que podría llamarse enfáticamente el férreo cetro de la tiranía, el pecado original de los tiranos, declaro en contra de todo el poder construido sobre los prejuicios, no importa cuán antiguo sea.

Si la sumisión demandada se basa en la justicia no hay apelación a un poder superior, pues Dios es la Justicia misma. Razonemos juntos y aprendamos a someternos a la autoridad de la razón cuando su voz se oye distintivamente, como hijas del mismo padre, si no se

⁶¹ Proverbios 4, 7.

⁶² Proverbios 1, 22.

nos declara bastardas por haber nacido después⁶³. Pero si se prueba que este trono de prerrogativas sólo descansa sobre una masa caótica de prejuicios, que no tienen principio de orden inherente para mantenerlos unidos, o sobre un elefante, tortuga⁶⁴, o incluso sobre los poderosos hombros de un hijo de la tierra⁶⁵, aquellos que se atrevan a enfrentarse a las consecuencias podrán escapar, sin ninguna infracción del deber, sin pecar contra el orden de las cosas.

Mientras la razón eleva al hombre sobre el rebaño animal y la muerte está cargada con promesas, sólo se someten a la autoridad ciega aquellos que no confían en su propia fuerza. «¡Aquellos que quieren ser libres serán libres!»^{vii}

El ser que puede gobernarse a sí mismo no tiene nada que temer en la vida, pero, si algo es más costoso que su propio respeto, debe pagar el precio hasta el último cuarto de penique. La virtud, como todo lo que es valioso, debe amarse por sí misma, o no habitará en nosotros. No impartirá aquella paz, «que va más allá de todo entendimiento»⁶⁶, cuando se le hace meramente los pilares de la reputación, y es respetada con farisaica exactitud porque la «honestidad es la mejor política».

Que el plan de vida que nos permite llevar algún conocimiento y virtud a otro mundo es el mejor calculado para asegurar satisfacción en éste no puede negarse. Sin embargo, pocas personas actúan conforme a tal principio, aunque se conceda universalmente que no admite disputa. El placer presente o el poder presente prevalecen sobre estas serias convicciones, y es por un día, en vez de por toda la vida, que el hombre negocia con la felicidad. ¡Cuán pocos, cuán pocos tienen suficiente previsión, o resolución, para soportar un pequeño mal presente para evitar uno mayor en el futuro!

⁶³ Esto es, por haber sido creadas después del hombre.

⁶⁴ Referencia al mito indio según el cual la tierra se sostiene sobre un elefante, que a su vez se sostiene sobre una tortuga.

⁶⁵ En la mitología clásica, el gigante Atlas o Atlante, condenado por Zeus a soportar el cielo sobre sus hombros.

^{vii} «¡Él es el hombre libre, a quien la verdad hace libre!» [W. COWPER, *The Task*, Libro V, «The Winter Morning Walk», l. 733. También Juan 8, 32: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».]

⁶⁶ Filipenses 4, 7.

La mujer en particular, cuya virtud^{viii} se construye sobre prejuicios mutables, raramente alcanza la grandeza de mente, de tal modo que, convirtiéndose en esclava de sus propios sentimientos, se subyuga fácilmente a aquellos de los otros. Así degradada, su razón, ¡su empañada razón!, se emplea antes en abrillantar que en romper sus cadenas.

Indignantemente he oído a las mujeres argumentar en la misma línea que los hombres, y adoptar los sentimientos que las brutalizan con toda la pertinacia de la ignorancia.

Debo ilustrar mi afirmación con unos cuantos ejemplos. La señora Piozzi⁶⁷, quien con frecuencia repetía de memoria lo que no entendía, sale al paso con frases johnsonianas.

«No busques la felicidad en la singularidad, y teme el refinamiento de la sabiduría como una desviación de la locura.» Así se dirige dogmáticamente a un hombre recién casado, y, para elucidar este pomposo exordio, añade:

Dije que la persona de vuestra señora nunca se hará más agradable, pero nunca le dejes sospechar que se hace menos agradable: es bien sabido que una mujer perdonará una afrenta a su entendimiento mucho antes que a su persona, y ninguno de nosotros contradirá esta afirmación. Todas nuestras habilidades, todas nuestras artes, son empleadas en ganar y mantener el corazón de un hombre, ¿y qué mortificaciones pueden exceder la decepción, si el objetivo no es obtenido? No hay reproche, no importa cuán incisivo, ni castigo, no importa cuán severo, que una mujer de espíritu no preferirá desatender. Y si puede soportar sin protestar, ¡sólo prueba que pretende compensar los desprecios de su esposo a través de la atención de otros!

Éstos son sentimientos verdaderamente masculinos —«Todas nuestras artes son empleadas en ganar y mantener el corazón de un hombre»—. Y ¿cuál es la inferencia? Si su persona —¿y hubo alguna vez una persona, aunque formada con la simetría típica de los Médi-

^{viii} Pretendo usar una palabra que comprende más que la virtud sexual de la castidad.

⁶⁷ Hester Lynch Piozzi (1741-1821), amiga íntima del doctor Johnson y prolífica escritora de cartas.

cis, que no fuera despreciada?— es descuidada, ella lo compensará tratando de complacer a otros hombres. ¡Noble moralidad! Pero así es el entendimiento del sexo entero afrentado, y su virtud cuando está privada de la base común de la virtud. Una mujer debe saber que su persona no puede ser tan placentera a su marido como lo fue a su amante y que, si es ofendida por él por ser una criatura humana, puede también gimotear por la pérdida de su corazón como si se tratase de cualquier otra tontería. Y esta misma falta de discernimiento o ira irrazonable prueba que el esposo no podría cambiar su estima por su persona por afecto por sus virtudes o respeto por su entendimiento.

Mientras las mujeres acepten y actúen en base a dichas opiniones, su entendimiento merece, al menos, el desprecio y el oprobio que los hombres, *que nunca* insultan sus personas, han dirigido mordazmente a la mente femenina. Y son los sentimientos de estos hombres educados, que no desean ser estorbados con la mente, los que las mujeres vanas adoptan irreflexivamente. Sin embargo, deberían saber que la sola razón insultada puede extender aquella *sagrada* reserva sobre la persona que hace los afectos humanos —pues los afectos humanos tienen siempre alguna aleación basal— tan permanentes como consistentes con el gran fin de la existencia: el alcance de la virtud.

La baronesa de Staël⁶⁸ habla con más entusiasmo el mismo lenguaje que la dama recién citada. Su elogio a Rousseau cayó accidentalmente en mis manos, y sus sentimientos, los sentimientos de demasiadas representantes de mi sexo, pueden servir como texto para unos pocos comentarios. «Aunque Rousseau», observa, «ha tratado de impedir que las mujeres intervengan en los asuntos públicos, y desempeñen un papel brillante en el teatro de la política, sin embargo, al hablar de ellas, cuánto ha hecho para su satisfacción! Si deseaba privarlas de algunos derechos ajenos a su sexo, ¡cómo les ha restaurado para siempre todos aquellos a los que tienen derecho! Y al intentar disminuir su influencia sobre las deliberaciones de los hombres, ¡cuán sagradamente ha establecido el imperio que tienen sobre su felicidad! Al ayudarles a descender de un

⁶⁸ Anne Louise Germaine de Staël (1766-1817), autora famosa por sus tertulias literarias y políticas.

trono usurpado, las ha sentado firmemente sobre aquello a lo que estaban destinadas por la naturaleza, y aunque esté lleno de indignación contra ellas cuando intentan parecerse a los hombres, sin embargo, cuando se le presentan con todos los *encantos, debilidades, virtudes y errores* de su sexo, su respeto por sus personas equivale casi a adoración⁶⁹. ¡Cierto! Pues nunca ha habido un sensualista que prestase adoración más ferviente al santuario de la belleza. Tan devoto, de hecho, era su respeto por la persona, que con la excepción de la virtud de la castidad, por razones obvias, sólo deseaba verla embellecida por encantos, debilidades y errores. Estaba asustado de que la austeridad de la razón molestara el delicado juego del amor. El dueño deseaba tener una esclava meretricia para acariciar, totalmente dependiente de su razón y generosidad; no quería una compañera a la que estaría obligado a estimar, o una amiga a la que podría confiar el cuidado de la educación de sus hijos, si la muerte les privase de su padre antes de haber desempeñado la tarea sagrada. Niega a la mujer razón, le cierra las puertas del conocimiento, y la desvía de la verdad. Sin embargo, se le concede el perdón porque «admite la pasión del amor»⁷⁰. Requeriría cierta ingenuidad demostrar por qué las mujeres deberían estar bajo tal obligación hacia él por admitir así el amor, cuando es claro que sólo lo admite para la relajación de los hombres y la perpetuación de la especie. Pero hablaba con pasión y ese hechizo poderoso influyó sobre la sensibilidad de una joven encomiasta⁷¹. «¿Qué significa para las mujeres», prosigue esta rapsoda, «que su razón se dispute con ellas el imperio, cuando su corazón es devotamente suyo?»⁷². No es imperio, sino igualdad, aquello por lo que deberían luchar. Sin embargo, si sólo deseasen prolongar su dominio, no deberían confiarlo por completo a sus personas, pues aunque la belleza pueda ganar un corazón, no puede mantenerlo, incluso cuando la belleza está en plena flor, a menos que la mente le preste algunos encantos.

⁶⁹ A. L. G. de STAËL, *Lettres sur les Ouvrages et le Caractère de Jean-Jacques Rousseau*, Ginebra, Slatkine, 1979, p. 14.

⁷⁰ Staël, *op. cit.*, p. 15.

⁷¹ La baronesa de Staël escribió esta obra a los veintiún años de edad.

⁷² *Ibid.*

Una vez que las mujeres estén suficientemente instruidas para descubrir su interés real, a gran escala, estarán, estoy convencida, muy gustosas de abandonar todas las prerrogativas del amor, que no son mutuas en tanto que prerrogativas duraderas, por la satisfacción calma de la amistad y la confianza tierna de la estima habitual. Antes del matrimonio no asumirán aires insolentes, o se someterán después abyectamente, sino que tratarán de actuar como criaturas razonables en ambas situaciones, y no se las derribará de un trono a un taburete.

La señora Genlis⁷³ ha escrito varios libros entretenidos para niños y sus *Letters on Education* proporcionan muchos consejos útiles que los padres sensatos sin duda aprovecharán. Pero sus opiniones son estrechas y sus prejuicios tan irrazonables como firmes.

He de pasar por alto sus argumentos vehementes a favor de la eternidad de los castigos futuros, porque me ruborizo al pensar que un ser humano argumente jamás vehementemente a favor de tal causa, y he de hacer sólo unas pocas observaciones sobre su absurda manera de inducir a la autoridad paternal a suplantar a la razón. Y es que inculca por todos lados no sólo sumisión ciega a los padres, sino también a la opinión del mundo^{ix}.

Cuenta asimismo una historia sobre un hombre joven comprometido por expreso deseo de su padre con una joven de fortuna. Antes de que el matrimonio pudiera tener lugar, ella es privada de su fortuna, y abandonada en el mundo sin amigos. El padre practica las artes más infames para separar a su hijo de ella, y cuando el

⁷³ Stéphanie Félicité Ducrest de Saint-Aubin, condesa de Genlis (1746-1830), autora de *Adèle et Théodore, ou lettres sur l'éducation*, donde suscribe muchas de las ideas de Rousseau.

^{ix} Una persona no ha de actuar de este o aquel modo, aunque convencidos de que hacen lo correcto, porque algunas circunstancias equívocas pueden llevar al mundo a *sospechar* que actuaron por motivos distintos. Esto es sacrificar la sustancia por una sombra. Que las personas observen tan sólo sus propios corazones y actúen correctamente, en la medida en que pueden juzgar, y podrán así esperar pacientemente hasta que la opinión del mundo cambie. Es mejor ser dirigido por un motivo simple, pues la justicia ha sido sacrificada demasiado frecuentemente por la propiedad –otra palabra para la conveniencia.

hijo detecta su villanía y se casa con la joven siguiendo los dictados del honor, sólo miseria deviene, porque ciertamente se casó *sin* el consentimiento de su padre. ¿En qué base puede descansar la religión o la moralidad cuando se desafía así la justicia? Con la misma opinión representa a la joven perfecta, dispuesta a casarse con cualquiera que a su *mamá* le plazca recomendar y casándose de hecho con el joven de su propia elección, sin sentir ninguna emoción de pasión, porque una joven bien educada no tiene tiempo para enamorarse. ¿Es posible tener mucho respeto por un sistema de educación que insulta así a la razón y a la naturaleza?

Muchas opiniones similares se suceden en sus escritos, mezcladas con sentimientos que honran su cabeza y corazón. Sin embargo, tanta superstición se mezcla con su religión, y tanta sabiduría mundana con su moralidad, que no dejaría a una persona joven leer sus trabajos a menos que pudiera, después, conversar sobre el tema y señalar las contradicciones.

Las *Letters* de la señora Chapone⁷⁴ están escritas con tan buen sentido y humildad natural, y contienen tantas observaciones útiles, que sólo puedo mencionarlas para prestar a la merecedora escritora este tributo de respeto. No puedo, es cierto, coincidir siempre con su opinión, pero siempre la respeto.

La misma palabra «respeto» me trae a la memoria a la señora Macaulay⁷⁵, la mujer de habilidades más grandes, sin duda, que su país ha producido jamás. Y sin embargo se ha permitido que esta mujer muera sin que sea prestada a su memoria el suficiente respeto.

La posteridad, sin embargo, será más justa, y recordará que Catherine Macaulay fue un ejemplo de logros intelectuales considerados incompatibles con la debilidad de su sexo. En su estilo literario, de hecho, no aparece el sexo, pues es como el sentido que transmite, fuerte y claro.

⁷⁴ Hester Chapone (1727-1801), escritora británica y amiga de Samuel Richardson. Autora de *Letters on the Improvement of the Mind: Addressed to a Lady* (1773), un conjunto de diez cartas escritas originalmente para su sobrina. Edición facsímil en *Female Education in the Age of Enlightenment*, vol. 2, introducción de Jane Todd, cit.

⁷⁵ Catharine Macaulay, autora de *Letters on Education* (1790).

No llamaré al suyo entendimiento masculino, porque no admito tal arrogante asunción de razón, pero afirmo que fue un entendimiento sensato, y que su juicio, fruto maduro del pensamiento profundo, fue prueba de que una mujer puede adquirir entendimiento, en el pleno sentido de la palabra. Poseyendo más penetración que sagacidad, más entendimiento que imaginación, escribe con energía seria y rigor argumentativo; sin embargo, la simpatía y la benevolencia dan interés a sus sentimientos y calor vital a sus argumentos, forzando al lector a sopesarlos^x.

Cuando inicialmente pensé en escribir estas críticas preví la aprobación de la señora Macaulay con un poco de aquel ardor optimista que ha sido la ocupación de mi vida reprimir. Pero pronto me enteré con la enfermiza náusea de la esperanza decepcionada y la inmóvil gravedad del pesar, ¡de que ya no estaba entre nosotros!

Sección V

Al pasar revista a los diferentes trabajos que se han escrito sobre la educación, las *Letters* de Lord Chesterfield⁷⁶ no deben ser silenciosamente pasadas por alto. No pretendo analizar su cobarde e inmoral sistema, ni siquiera recoger ninguna de las útiles y astutas observaciones que se suceden en sus epístolas. No, tan sólo pretendo hacer unas pocas reflexiones sobre la confesada tendencia de ellas: el arte de adquirir un conocimiento temprano del mundo. Un arte, me aventuraré a afirmar, que apresa en secreto, como el gusano en la yema, los poderes en desarrollo, y convierte en veneno los jugos generosos que deberían crecer con vigor en el cuerpo joven, inspirando afectos cálidos y grandes resoluciones^{xi}.

^x Al coincidir en la opinión con la señora Macaulay en relación a muchas ramas de la educación, remito a su valioso trabajo, en vez de citar sus sentimientos para apoyar los míos.

⁷⁶ Véase capítulo IV, n. 10, p. 118.

^{xi} Que los niños deberían ser constantemente protegidos contra los vicios y locuras del mundo, me parece una opinión muy equivocada; pues en el curso de mi experiencia, y mis ojos han visto mucho, nunca conocí a un joven educado de esta manera, que se hubiera impregnado tempranamente de estas

Para cada cosa, dice el hombre sabio, hay una estación⁷⁷, y ¿quién buscaría los frutos de otoño durante los felices meses de primavera? Pero esto es mera declamación, y pretendo razonar con aquellos maestros de sabiduría mundana que, en vez de cultivar el juicio, inculcan prejuicios y hacen duro el corazón que la experiencia gradual sólo hubiera enfriado. Y la temprana familiaridad con las dolencias humanas, o lo que se denomina conocimiento del mundo, es el camino más seguro, en mi opinión, para contraer el corazón y amortiguar el ardor juvenil natural que produce no sólo grandes talentos, sino también grandes virtudes. Pues el intento vano de producir el fruto de la experiencia, antes de que el árbol se haya deshecho de sus hojas, sólo agota su fuerza, y le impide asumir su fuerza natural, del mismo modo en que la forma y la fuerza de los metales subyacentes son dañadas cuando la atracción de la cohesión es perturbada.

Decidme, vosotros que habéis estudiado la mente humana, ¿no es un modo extraño de fijar los principios, mostrar a los jóvenes que son raramente estables? Y ¿cómo pueden fortalecerse con hábitos cuando el ejemplo prueba que son falaces? ¿Por qué ha de ser el ardor de la juventud así sofocado y la riqueza de imaginación cortada de raíz? Esta árida precaución puede, es cierto, proteger el carácter de infortunios mundanos, pero infaliblemente imposibilitará la excelencia de virtud o de conocimiento^{xii}. El obstáculo que la sospecha arroja por todas las sendas impedirá cualquier ejercicio vigoroso de genio o benevolencia y privará a la vida de su atractivo encanto mucho antes de su tarde calma, cuando el hombre se retira a la contemplación para buscar en ella consuelo y apoyo.

Un hombre joven, que ha sido criado con los amigos del hogar y llevado a llenar su mente con tanto conocimiento especulativo como se puede adquirir mediante la lectura y las reflexiones naturales que inspiran las ebulliciones de energía y los sentimientos

terribles sospechas y repetido de memoria el dubitativo *si* de la edad, que no tuviese un carácter egoísta.

⁷⁷ Eclesiastés 3, 1: «Todo tiene su momento, y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su tiempo».

^{xii} Ya he observado que un conocimiento temprano del mundo, obtenido de una forma natural, mezclándose en el mundo, tiene el mismo efecto: dar como ejemplos oficiales y mujeres.

instintivos, entrará en el mundo con expectativas cálidas y equivocadas. Pero éste parece ser el curso de la naturaleza, y en las obras morales, así como en las obras de gusto, deberíamos observar sus indicios sagrados, y no presumir que lideramos cuando deberíamos seguirlas con reverencia.

En el mundo poca gente actúa desde los principios; los sentimientos presentes y los hábitos tempranos son las grandes fuentes. ¿Pero cómo serían los primeros debilitados y los últimos convertidos en grilletes de hierro corroído, si el mundo fuera mostrado a la juventud tal como es, cuando ningún conocimiento de la humanidad o de sus propios corazones, obtenido lentamente a través de la experiencia, los hace tolerantes? No verían entonces a sus semejantes como seres frágiles, condenados como ellos mismos a luchar contra las afecciones humanas, unas veces explayando luz, y otras el lado oscuro de sus caracteres, provocando sentimientos alternativos de amor y disgusto, sino como bestias de presa al acecho, hasta que cualquier dilatado sentimiento social —en una palabra, la humanidad— fuera erradicado.

En la vida, por el contrario, conforme descubrimos gradualmente las imperfecciones de nuestra naturaleza, hallamos virtudes, y varias circunstancias nos unen con nuestros semejantes, cuando nos mezclamos con ellos y vemos los mismos objetos, que nunca se consideran al adquirir un conocimiento del mundo innatural y precipitado. Vemos una sandez agrandarse gradualmente, de forma casi imperceptible, hasta convertirse en un vicio, y nos apiadamos mientras lo censuramos, pero si el abominable monstruo irrumpiese de repente ante nosotros, el miedo y el disgusto, haciéndonos más severos de lo que el hombre debería ser, nos llevaría con ciego celo a usurpar el carácter de la omnipotencia y denunciar la condenación de nuestros semejantes mortales, olvidando que no podemos leer el corazón, y que tenemos semillas de los mismos vicios acechando en nuestros propios corazones.

Ya he observado que esperamos más de la instrucción de lo que la mera instrucción puede producir. Pues en vez de preparar a la gente joven para enfrentarse con los males de la vida con dignidad, y adquirir sabiduría y virtud mediante el ejercicio de sus propias facultades, los preceptos son apilados sobre preceptos, y la

obediencia ciega es requerida, cuando la razón debería guiar el convencimiento.

Supongamos, por ejemplo, que una persona joven, en el primer ardor de la amistad, deifica al objeto amado. ¿Qué daño puede surgir de este equivocado apego entusiasta? Tal vez es necesario que la virtud aparezca primero en forma humana para imprimir los corazones jóvenes; el modelo ideal, que una mente más madura y exaltada admira y moldea para sí, eludiría su vista. ¿Cómo puede amar a Dios aquel que no ama a su hermano, a quien ha visto?⁷⁸, preguntó el más sabio de los hombres.

Es natural que los jóvenes adornen el primer objeto de su afecto con toda buena cualidad, y la émulación producida por la ignorancia o, para hablar con más propiedad, por la inexperiencia, hace a la mente capaz de formar tal afecto; de modo que cuando, en el lapso del tiempo, se descubre que la perfección no se encuentra al alcance de los mortales, la virtud, distraídamente, es considerada bella, y la sabiduría sublime. La admiración da entonces lugar a la amistad, propiamente llamada, porque está cimentada en la estima, y el ser camina solo, dependiendo únicamente del Cielo para satisfacer aquel ambicioso deseo de perfección que brilla siempre en una mente noble. Pero un hombre debe ganar este conocimiento mediante el ejercicio de sus propias facultades, ¡y éste es seguramente el fruto bendito de la esperanza decepcionada! Pues aquel que disfruta con difundir felicidad y mostrar piedad a las criaturas débiles, que están aprendiendo a conocerle, nunca implantó una buena predisposición a ser un atormentador *ignis fatuus*⁷⁹.

Ahora se permite a nuestros árboles extenderse con lujuria salvaje, y no esperamos combinar mediante la fuerza las huellas majestuosas del tiempo con los encantos juveniles. ¿Ha de ser entonces la mente, que en proporción a su dignidad avanza más despacio

⁷⁸ I Juan 4, 20: «Si alguno dijere: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve».

⁷⁹ Fuego fatuo. Luces de diversos colores que oscilan y cambian continuamente de dirección, interpretadas históricamente en diversas culturas como evidencia de la presencia de espíritus. Wollstonecraft usa el término para referirse a un principio guía engañoso.

hacia la perfección, tratada con menos respeto? Análogamente, todas las cosas a nuestro alrededor se encuentran en un estado progresivo, y cuando un conocimiento de la vida no bienvenido produce casi saciedad de la vida, y descubrimos por el curso natural de las cosas que todo lo que está hecho bajo el sol es vanidad, nos estamos acercando al temible final del drama. Los días de actividad y esperanza han pasado, y debemos recapitular pronto las oportunidades proporcionadas por el primer estadio de la existencia para avanzar en la escala de la inteligencia. Un conocimiento en este periodo de la futilidad de las cosas, o más pronto, si obtenido por la experiencia, es muy útil, porque es natural, pero cuando se muestran las locuras y los vicios del hombre a un ser frágil, de tal forma que pueda enseñársele a guardarse prudentemente de las contingencias comunes de la vida sacrificando su corazón, seguramente no es hablar severamente llamarlo la sabiduría de este mundo, contrastado con el fruto más noble de la piedad y la experiencia.

Me aventuraré a una paradoja y daré mi opinión sin reserva. Si los hombres sólo nacieron para formar un círculo de vida y muerte, sería sabio dar cada paso que la previsión sugiriera que hace la vida feliz. La moderación en cada búsqueda sería entonces la sabiduría suprema, y el prudente voluptuoso podría disfrutar de un grado de alegría, aunque nunca cultivase su entendimiento ni mantuviera su corazón puro. La prudencia, suponiendo que fuéramos mortales, sería la verdadera sabiduría, o, para ser más explícita, procuraría la más grande porción de felicidad, considerando la vida entera, pero el conocimiento, más allá de la conveniencia de la vida, sería una maldición.

¿Por qué deberíamos dañar nuestra salud mediante el estudio riguroso? El placer exaltado que las búsquedas intelectuales proporcionan debería ser escasamente equivalente a las horas de languidez que le siguen, especialmente si es necesario tomar en consideración las dudas y decepciones que nublan nuestras investigaciones. La vanidad y la vejación concluyen cada investigación, pues la causa que particularmente deseábamos descubrir vuela como el horizonte delante de nosotros, conforme avanzamos. Los ignorantes, por el contrario, se parecen a los niños, y suponen que si pudiesen andar todo de frente llegarían a donde la tierra y las nubes se unen.

Sin embargo, decepcionados como somos en nuestras investigaciones, la mente gana fuerza mediante el ejercicio, suficiente, tal vez, para comprender las respuestas que, en otro paso de la existencia, puede recibir a las ansiosas preguntas que hizo, cuando el entendimiento revoloteaba con débiles alas alrededor de los efectos visibles, para sumergirse en la causa oculta.

Las pasiones también, los vientos de la vida, serían inútiles, si no dañinas, si la sustancia que compone nuestros seres pensantes, tras haber pensado en vano, sólo se convirtiera en soporte de la vida vegetal, y vigorizase una col o floreciese en una rosa. Los apetitos responderían cada propósito terrenal, y producirían una felicidad más moderada y permanente. Pero los poderes del alma, que son de poco uso aquí y, probablemente, molestan nuestros goces animales, incluso cuando la dignidad consciente nos hace glorificarnos de poseerlos, prueban que la vida es meramente una educación, un estado de infancia, al que las solas esperanzas merecedoras de ser abrigadas no deberían sacrificarse. Pretendo, por tanto, inferir que deberíamos tener una idea precisa de lo que deseamos alcanzar mediante la educación, pues la inmortalidad del alma es contradicha por las acciones de mucha gente que firmemente profesa la creencia.

Si pretendes asegurar la comodidad y la prosperidad en la tierra como la primera consideración, y dejar que el futuro provea por sí mismo, actúas prudentemente dando a tu hijo una comprensión temprana de las debilidades de su naturaleza. Puede que no, cierto es, hagas un Inkle⁸⁰ de él, pero no imagines que se apegará más a la letra de la ley, aquel a quien se ha inculcado muy tempranamente una mala opinión de la naturaleza humana. Ni pensará que es necesario elevarse por encima del estándar común. Puede que evite los vicios crasos, porque la honestidad es la mejor política, pero nunca intentará alcanzar las grandes virtudes. El ejemplo de los escritores y artistas ilustrará esta observación.

Debo por tanto aventurarme a dudar que lo que se ha considerado un axioma en las morales no puede haber sido una aserción dogmática hecha por hombres que han visto serenamente a la humanidad a tra-

⁸⁰ Héroe de un cuento de Richard Steele (1672-1729), aparecido en *The Spectator* 11, 13 de marzo de 1711.

vés del medio de los libros, y decir, en contradicción directa con ellos, que la regulación de las pasiones no es siempre sabia. Por el contrario, debería parecer que una razón por la que los hombres tienen juicio superior y más fortaleza que las mujeres, es sin duda alguna ésta, que dan un alcance más libre a sus grandes pasiones, y agrandan sus mentes al ir más frecuentemente desencaminadas. Si entonces, mediante el ejercicio de su propia^{xiii} razón, se fijan en algún principio estable, tienen probablemente que agradecer la fuerza de sus pasiones, alimentadas por falsas opiniones de la vida, y a las que les es permitido pasar por alto la frontera que asegura la alegría. Pero si, en el albor de la vida, pudiésemos seriamente estudiar las escenas ante nosotros con perspectiva, y ver todas las cosas en sus colores verdaderos, ¿cómo podrían las pasiones ganar suficiente fuerza para desarrollar las facultades?

Permítaseme ahora, desde la altura, estudiar el mundo despojado de todos sus engañosos encantos. La clara atmósfera me permite ver cada objeto en su verdadera perspectiva, mientras mi corazón está sereno. Estoy tranquila como la escena de una mañana, cuando las neblinas, dispersándose lentamente, descubren silenciosamente las bellezas de la naturaleza, refrescadas por el descanso.

¿Bajo qué luz aparece ahora el mundo? Froto mis ojos y pienso que quizá me estoy despertando de un sueño muy vivo.

Veo a los hijos y a las hijas de los hombres persiguiendo sombras y gastando ansiosamente sus poderes para alimentar las pasiones que no tienen adecuado objeto –si el mismo exceso de estos impulsos ciegos, mimados por esta mentirosa pero constantemente confiada guía, la imaginación, no hiciera, preparándoles para otro estado, a los miopes mortales más sabios sin su propia concurrencia, o, lo que viene a ser lo mismo, cuando estaban persiguiendo algún imaginario bien presente.

Tras ver los objetos bajo esta luz, no sería muy caprichoso imaginar que este mundo era un escenario⁸¹ en el que se representa

^{xiii} «Creo que todo es sabiduría de boca para afuera, que necesita experiencia», dice Sidney. [Sir P. SIDNEY (1554-1586), «Countess of Pembroke's Arcadia» (1590).]

⁸¹ W. SHAKESPEARE, *As You Like It*, II, vii, ll. 147-150: «El mundo entero es un escenario, / Y todos los hombres y mujeres meramente actores: /

cada día una pantomima para el entretenimiento de seres superiores. Cómo se distraerían al ver al hombre ambicioso consumirse a sí mismo persiguiendo a un fantasma y «buscando la engañosa reputación en la boca del cañón»⁸² que le iba a reducir a la nada: pues cuando la conciencia se pierde, no importa si montamos en un torbellino de aire o descendemos en la lluvia. ¿Y si vigorizasen compasivamente su vista y le enseñasen el camino espinoso que lleva a la altura, que como la arena movediza desciende conforme asciende, decepcionando sus esperanzas cuando están casi a su alcance: no dejaría a los otros el honor de divertirlos, y trabajaría para asegurar el momento presente, aunque por la constitución de su naturaleza no le resultaría muy fácil coger la corriente voladora? ¡Tan esclavos somos de nuestras esperanzas y temores!

Pero, vanas como serían las búsquedas del hombre ambicioso, con frecuencia lucha por algo más sustancial que la fama —eso, de hecho, sería el meteoro, el fuego más salvaje que podría atraer al hombre a la ruina—. ¿Qué? ¡Renuncia a la más insignificante gratificación para ser aplaudido cuando se haya ido! ¿Para qué esta lucha, ya sea el hombre mortal o inmortal, si la pasión noble no elevase verdaderamente al ser sobre sus semejantes?

¡Y el amor! Qué escenas divertidas produciría —los trucos de Pantaleón⁸³ deben rendirse a locuras más egregias—. Ver a un mortal adornar un objeto con encantos imaginarios, y luego desplomarse y adorar al ídolo que él mismo ha creado: ¡qué ridículo! Pero qué serias consecuencias se siguen de robar al hombre esa porción de felicidad que la Deidad, al llamarse a la existencia (o, ¿en qué pueden descansar sus atributos?), ha prometido sin duda: ¿no hubieran sido todos los propósitos de la vida mucho mejor desempeñados si tan sólo hubiera sentido lo que se ha denominado amor físico? ¿Y no reduciría pronto la visión del objeto, no visto a través del medio de la imaginación, la pasión a un apetito, si la reflexión, la noble

Tienen sus salidas y sus entradas, / Y un hombre interpreta en su tiempo muchos papeles».

⁸² Shakespeare, *As You Like It*, II, cit., vii, ll. 160-161: «Buscando la engañosa reputación / Incluso en la boca del cañón».

⁸³ Pantaleón o Pantaleone, personaje clásico de la comedia italiana.

distinción del hombre, no le diera fuerza, y le hiciera un instrumento para elevarle sobre este desperdicio terrenal, al enseñarle a amar el centro de toda la perfección, cuya sabiduría aparece más y más claramente en las obras de la naturaleza, en la proporción en que la razón es iluminada y exaltada por la contemplación y por la adquisición del amor al orden que las luchas de la pasión producen?

El hábito de la reflexión, y el conocimiento obtenido mediante el fomento de cualquier pasión, podría mostrarse que es igualmente útil, aunque el objeto sea probado asimismo falaz, pues todos ellos aparecerían bajo la misma luz, si no fueran magnificados por las pasiones gobernantes implantadas en nosotros por el Autor de todo bien, para despertar y fortalecer las facultades de cada individuo, y permitirle alcanzar toda la experiencia que un infante puede alcanzar, el cual hace ciertas cosas, aunque no sepa por qué.

Desciendo de mi altura y, mezclándome con mis semejantes, me siento apresurada a lo largo de la corriente común; ambición, amor, esperanza, y miedo ejercen su habitual poder, aunque seamos vencidos por la razón de que sus presentes y más atractivas promesas son sólo sueños engañosos. Pero si la mano fría de la circunspección hubiera amortiguado cada sentimiento generoso antes de haber dejado cualquier carácter permanente, o fijado algún hábito, ¿qué podría esperarse, sino la prudencia egoísta y la razón elevándose por encima del instinto? ¿Puede evitar ver la futilidad de degradar las pasiones o hacer al hombre descansar en la satisfacción, aquel que haya leído la desagradable descripción de los *yahoos* y la insípida del *houyhnhm*⁸⁴, del deán Swift, con una mirada filosófica?

Los jóvenes deben *actuar*, pues si tuvieran la experiencia de una cabeza canosa serían más adecuados para la muerte que para la vida, aunque sus virtudes, residiendo en su cabeza antes que en su corazón, podrían no producir nada grande, y su entendimiento, preparado para este mundo, no probaría, por sus nobles vuelos, que tenía derecho a uno mejor.

Además, no es posible dar a una persona joven una visión justa de la vida: debe haber luchado con sus propias pasiones antes de

⁸⁴ En *Gulliver's Travels* (1726) de Jonathan Swift, los *yahoos* eran animales con forma humana sujetos a los *houyhnhnms*, caballos dotados de razón humana.

que pueda estimar la fuerza de la tentación que arrastró a su hermano al vicio. Aquellos que se adentran en la vida, y aquellos que la dejan, ven el mundo desde puntos de vista tan diferentes, que raramente pueden pensar de forma similar, a menos que la razón inexperta del primero nunca intentara un vuelo solitario.

Cuando oímos de algún crimen atrevido, nos impresiona directamente como la más profunda oscuridad de la infamia, y provoca nuestra indignación; pero los ojos que gradualmente vieron a la oscuridad aumentar deben observarlo con templanza más compasiva. El mundo no puede ser observado por un espectador impasible, debemos mezclarnos entre la muchedumbre y sentir cómo sienten los hombres antes de poder juzgar sus sentimientos. Si pretendemos, en resumen, vivir en el mundo para volvernos más sabios y mejores, y no meramente para disfrutar de las cosas buenas de la vida, debemos obtener un conocimiento de los otros al mismo tiempo que nos familiarizamos con nosotros. El conocimiento adquirido de cualquier otra forma sólo endurece el corazón y desconcierta al entendimiento.

Se me podría decir que el conocimiento así adquirido es a veces comprado a un precio demasiado caro. Sólo puedo contestar que dudo mucho de que algún conocimiento pueda obtenerse sin trabajo y sufrimiento, y que aquellos que desean ahorrar a sus hijos ambos no deberían protestar si no son ni sabios ni virtuosos. Ellos sólo pretendieron hacerles prudentes, y la prudencia, temprana en la vida, no es más que el cauto arte del ignorante amor propio.

He observado que los jóvenes a cuya educación se ha prestado particular atención han sido, en general, muy superficiales y engreídos, y en absoluto agradables en algún respecto, porque no tenían ni el calor ingenuo de la juventud, ni la profundidad fría de la edad. No puedo evitar imputar esta apariencia innatural principalmente a esa precipitada instrucción prematura que les lleva a repetir presuntuosamente todas las nociones crudas que han aceptado como verdaderas, de tal forma que la educación cuidadosa que recibieron les hace esclavos de los prejuicios por todas sus vidas.

El ejercicio mental, así como el corporal, es al principio fastidioso, tanto que muchos dejarían muy gustosamente a otros trabajar, además de pensar por ellos. Una observación que he hecho fre-

cuentemente ilustrará lo que quiero decir. Cuando en un círculo de extraños o conocidos una persona de habilidades moderadas afirma una opinión con calor, me aventuraré a afirmar, pues he rastreado el origen de este hecho, que es prejuicio. Estos ecos tienen un alto respeto por el entendimiento de alguna relación o amigo, y sin comprender totalmente las opiniones, que son tan entusiastas de vender, las mantienen con un grado de obstinación que sorprendería incluso a la persona que las formó.

Sé que una cierta moda prevalece ahora de respetar los prejuicios, y cuando cualquiera se atreve a enfrentarse a ellos, aunque motivado por la humanidad y armado con la razón, se le pregunta arrogantemente si sus ancestros eran tontos. No, respondería. Las opiniones, al principio, de todo tipo, fueron todas, probablemente, consideradas, y por tanto fundadas en alguna razón, pero no infrecuentemente, por supuesto, fue más una conveniencia local que un principio fundamental, que fuera razonable en todo momento. Pero las opiniones enmohecidas asumen la forma desproporcionada de los prejuicios cuando son indolentemente adoptadas sólo porque el tiempo les ha dado un aspecto venerable, aunque la razón sobre la que se construyeron deje de ser razón o no pueda rastrearse. ¿Por qué hemos de amar los prejuicios, meramente porque son prejuicios?^{xiv} Un prejuicio es una persuasión querida y obstinada por la que no podemos dar ninguna razón, pues en el momento en que una razón pueda darse para una opinión, deja de ser prejuicio, aunque pueda ser un error de juicio. ¿Y somos entonces aconsejados a abrigar las opiniones sólo para desafiar a la razón? Este modo de argumentar, si se le puede llamar argumentar, me recuerda lo que se denomina vulgarmente la razón femenina. Pues las mujeres a veces declaran que aman o creen ciertas cosas, *porque* las aman o creen en ellas.

Es imposible conversar con algún fin con la gente que sólo usa afirmaciones y negaciones. Antes de que puedas llevarles a un punto desde el que comenzar claramente, debes remitirte a los principios sencillos que antecedieron a los prejuicios afirmados por la

^{xiv} Véase Sr. Burke. [Edmund Burke, autor de *Reflections on the Revolution in France* (1790). Wollstonecraft atacó las opiniones de Burke en dicha obra en *A Vindication of the Rights of Men* (1790).]

autoridad, y diez a uno a que seréis interrumpidos con la afirmación filosófica de que ciertos principios son tan falsos en la práctica como verdaderos en abstracto^{xv}. No, aún más, se podrá inferir, que la razón ha susurrado algunas dudas, pues ocurre generalmente que la gente afirma sus opiniones con el mayor calor cuando empieza a vacilar, esforzándose por alejar sus propias dudas convenciendo a su oponente, hasta el punto de que se enfada cuando esas dudas dolorosas vuelven para apresarla.

El hecho es que los hombres esperan de la educación lo que la educación no puede dar. Un padre o tutor sagaz puede que fortalezca el cuerpo y afile los instrumentos mediante los cuales el niño acopiará conocimiento, pero la miel debe ser la recompensa del trabajo del propio individuo. Es casi un absurdo intentar hacer a un joven sabio mediante la experiencia de otro, así como esperar que el cuerpo crezca por el ejercicio del que sólo se habla u observa^{xvi}. Muchos de esos niños cuya conducta ha sido más estrechamente vigilada se convierten en los hombres más débiles, porque sus instructores sólo les inculcan ciertas nociones en sus mentes, que no tienen otra fundación más que la autoridad, y si son amados o respetados la mente se anquilosa en sus esfuerzos y vacila en sus avances. El objeto de la educación, en este caso, es sólo conducir los zarcillos florecientes hacia un poste adecuado, pero, tras apilar precepto sobre precepto sin permitir al niño adquirir juicio por sí mismo, los padres esperan que actúen en la misma manera mediante esta luz emprestada y falaz, como si la hubieran prendido ellos mismos, y que sean, cuando se adentran en la vida, lo que sus padres son en su conclusión. No consideran que el árbol, incluso el cuerpo humano, no fortalece sus fibras hasta que alcanza su crecimiento completo.

Parece que hay algo análogo en la mente. Los sentidos y la imaginación dan una forma al carácter, durante la infancia y la juventud, y el entendimiento, conforme la vida avanza, da firmeza a los

^{xv} «Convence a un hombre contra su voluntad, / Y seguirá siendo de la misma opinión.» [S. BUTLER, *Hudibras*, Tercera Parte, Canto III, ll. 547-548 (1678).]

^{xvi} «Uno no ve nada cuando se contenta con contemplar; es necesario actuar por uno mismo para ser capaz de ver cómo actúan otros.» Rousseau.

primeros bellos designios de la sensibilidad. Hasta que la virtud, surgiendo de la clara convicción de la razón, más que del impulso del corazón, hace a la moralidad descansar sobre una roca contra la cual las tormentas de la pasión batan en vano.

Espero no ser malinterpretada cuando digo que la religión no tendrá energía condensadora a menos que se fundamente en la razón. Si es meramente el refugio de la debilidad o del fanatismo salvaje y no un principio gobernante de la conducta, extraído del conocimiento de uno mismo y de una opinión racional sobre los atributos de Dios, ¿qué se puede esperar que produzca? La religión que consiste en avivar los afectos y exaltar la imaginación es sólo la parte poética, y puede que proporcione al individuo placer sin hacerlo un ser más moral. Puede que sea un sustituto para las ocupaciones mundanas, pero estrecha, en vez de agrandar el corazón. Mas la virtud debe ser amada por ser en sí misma sublime y excelente, y no por las ventajas que procura ni los males que evita, si se espera algún grado de excelencia. Los hombres no serán morales cuando sólo construyen castillos etéreos en un futuro mundo para compensar las decepciones con que se encuentran en éste, si vuelven sus pensamientos de los deberes correspondientes a los ensueños religiosos.

Muchas perspectivas de futuro en la vida son empañadas por la cambiante sabiduría mundana de los hombres, que, olvidando que no pueden servir a Dios y a la riqueza, intentan mezclar cosas contradictorias. Si deseas hacer a tu hijo rico, sigue un curso; si sólo ansías hacerlo virtuoso, sigue otro; pero no imagines que puedes pasar de un camino a otro sin perder el rumbo^{xvii}.

^{xvii} Véase un excelente ensayo sobre este tema de la señora Barbauld en *Miscellaneous Pieces in Prose*. [Anna Laetitia Barbauld, «Against Inconsistency in Our Expectations».]